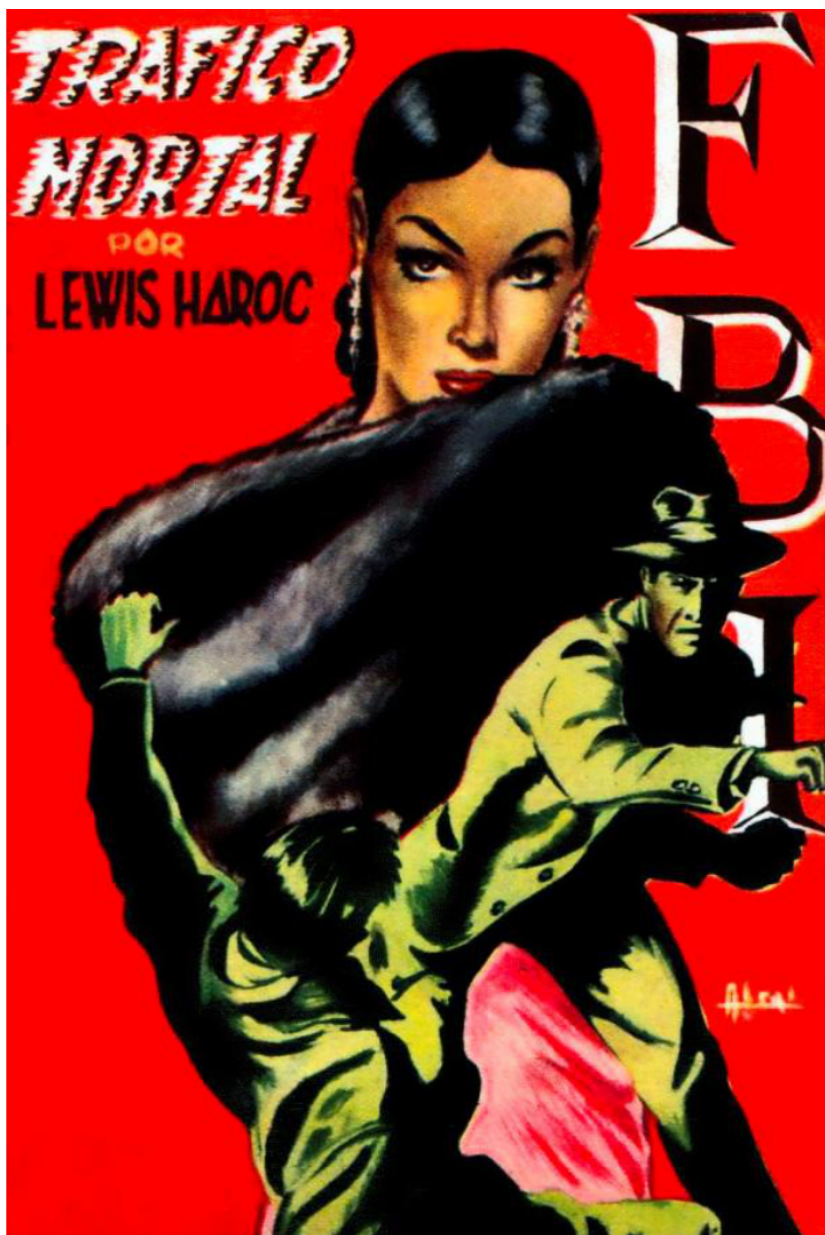


TRAFICO

MORTAL

PAR
LEWIS HAROC

F
B
H



LEWIS HAROC

TRAFICO MORTAL





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris, (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde, (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra, (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard, (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón, (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura, (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva, (2.ª edición.) (4).
10. La redada, (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters, (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras, (2.ª edición.) (7).
16. Tánger, (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín, (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición, (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico, (2.ª edición.) (1).
21. El Delator, (6).
22. Armonías de muerte, (3).
23. Destinos cruzados, (1).
24. Persecución, (5).
25. Una ciudad abierta, (4).
26. Horas trágicas, (7).
27. La muerte alada, (3).
28. Doctor X, (1).
29. El coloso de hierro, (6).
30. Trampas mortales, (5).
31. Contrabando funesto, (5).
32. Nueva York-San Francisco, (7).
33. Entre rejas, (1).
34. Muerte en el Caribe, (6).
35. Secuestro, (5).
36. El dueño del mundo, (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos, (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror, (8).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas, (1).
44. Espías en la noche, (3).
45. Fidelidad, (6).
46. Sin cuartel, (7).
47. Armour, expulsado, (6).
48. La huida de Varká, (3).
49. La Maffia, (1).
50. Alaska, final de ruta, (8).
51. Tras el telón de acero, (6).
52. Gangsters de guante blanco, (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena, (5).
55. El genio del mal, (6).
56. Hombres armados, (16).
57. Zavorosa elección, (8).

- | | |
|----------------------------------|--------------------------------|
| 59. La bestia escarlata, (3). | 70. Punto final, (5). |
| 60. Huellas de ultratumba, (11). | 71. ¡Mirad a las sombras! (3). |
| 61. S. O. S., (8). | 72. Entre esas brumas... (5). |
| 62. Billetes malditos, (3). | 73. Tortura, (13). |
| 63. Camino de perdición, (12). | 74. El confidente, (3). |
| 64. Camaradas enemigos, (3). | 75. ¡Terror! (5). |
| 65. A la deriva, (6). | 76. El final de Rocco, (5). |
| 66. ¡Odio! (1). | 77. El vengador negro, (1). |
| 67. Cita de madrugada, (3). | 78. ¡Codicia! (8). |
| 68. «Killer» a sueldo, (5). | 79. Sentenciado, (6). |
| 69. Muerte en el atardecer, (4). | 80. Secreto de Estado, (4). |
| 70. Loup-Garou, (3). | 81. Alias «Luggers», (5). |
| | 82. Hora «D», (3). |
| | 83. Carne de horca, (4). |

En preparación:

JACK, EL INVENCIBLE

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|-----------------------|
| (1) Alf Manz. | (6) Alar Benci. | (11) Thomas Settee. |
| (2) Fred Bazier. | (7) A. G. Murphy. | (12) John Nebot. |
| (3) Frank McFar. | (8) Lewis Haroc. | (13) Thomas Wanstons. |
| (4) Eddie Thorny. | (9) J. L. Martin. | (14) F. N. Graw. |
| (5) O. C. Tavin. | (10) Jack Brooklyn. | |

I

ASESINATO...



VIDENTEMENTE, el individuo aquel estaba nervioso. No hacía falta más que observar su desasosiego, sus movimientos rápidos e incontrolados y las furtivas miradas que dirigía a su alrededor, para darse cuenta de que era así.

Cuando Long Island apareció ante la proa del «Constellation» de la Air France, que hacía el servicio regular entre París y Nueva York, el hombre se levantó, de pronto, con la misma violencia que si hubiera sido accionado algún resorte de su asiento. El hombre que ocupaba el asiento contiguo al suyo suspendió la lectura de la revista y le miró por encima de las gafas, con evidente desaprobación.

El viajero se pasó la lengua por los labios reseco y salió al pasillo del avión, encaminándose hacia la parte posterior, donde estaban situados los reservados. Era tan evidente su nerviosismo, que los pasajeros que ocupaban las butacas fronterizas al pasillo volvieron los rostros hacia él, cuando pasó por su lado.

Era de buena estatura, aunque estaba excesivamente delgado, y la faz cetrina, en marcado contraste con el pelo negrísimo, le hacía parecer enfermo.

Su esbelta figura se perdió dentro de uno de los lavabos al cerrar la puerta tras él. Después de contemplarse unos segundos en un espejo, sonrió débilmente, y exclamó:

—¡Dios, Leiser, qué miedo tienes!

De uno de los bolsillos de su americana sacó un tubo, del cual extrajo un comprimido, que se llevó a la boca, tomando luego un sorbo de agua por el sencillo procedimiento de pegar la boca al grifo del lavabo.

Hecho esto, regresó a su sitio, junto a una de las ventanas. A los cinco minutos el comprimido comenzó a ejercer su acción sedante sobre sus destrozados nervios, y empezó a mostrarse más tranquilo y a comportarse como una persona normal.

El avión volaba ya sobre Brooklyn. Mirando por la ventanilla, el viajero pudo distinguir, seiscientos pies más abajo, la mole inmensa del barrio neoyorquino, y más allá del East River, los altos edificios de Manhattan y la cinta azul grisáceo del río Hudson, todo ello envuelto en una tenue neblina.

El aparato comenzó a perder altura. El aeropuerto internacional de La Guardia apareció ante él. El piloto maniobró hábilmente para situarse contra el viento, en la posición más favorable para el aterrizaje, y enseguida salvó la barrera de árboles que limitaban el aeródromo por su parte norte.

Los edificios del campo y las personas que esperaban al avión parecieron subir rápidamente al encuentro de éste. El hombre cerró los ojos y se aferró con firmeza al respaldo del asiento que tenía delante, esperando, sin duda alguna, con cierto temor el momento en que las ruedas del enorme «Constellation» tocasen el suelo; pero la maniobra fué ejecutada con tanta pericia y habilidad, que sólo se percibió un levísimo hundimiento de las potentes ballestas del tren de aterrizaje al cargarse sobre ellas todo el peso del aparato.

Luego éste rodó por la pista de cemento, perdiendo cada vez más velocidad, hasta detenerse al fin frente a la torre de control.

Como en sueños, el hombre pasó, con los demás viajeros del avión, al edificio de la Aduana. El momento temido había llegado.

Las Aduanas de los Estados Unidos son las más temidas del mundo, no sólo por la pericia de sus empleados, sino también por estar dotadas de los más modernos aparatos para descubrir las posibles fraudulentas mercancías sin apenas tener que posar las manos encima de los viajeros. Son especialmente eficaces los instrumentos que poseen para localizar los metales preciosos y los tejidos especiales, particularmente la seda.

Había ya una fila de viajeros cuyos equipajes estaban siendo concienzudamente registrados. Los nervios volvieron a hacer presa en el hombre, sobre todo cuando le tocó el turno a él.

El empleado examinó minuciosamente su maleta. El corazón pareció querer saltar a la boca del viajero, y hubo de hacer un violento esfuerzo para no atraer sobre sí la atención del funcionario. Ni siquiera se atrevió a encender el cigarrillo que se había puesto en los labios por miedo a que el violento temblor de sus manos denunciase su excitación.

El aduanero levantó al fin los ojos hacia él.

—Puede pasar —dijo, sellándole una especie de cartulina.

Enseguida se volvió hacia otro viajero, mientras nuestro hombre tomaba de nuevo la maleta, con un suspiro de alivio.

Con presteza mal disimulada se encaminó hacia la salida del aeropuerto, saliendo de él después de entregar en la salida la tarjeta que acreditaba que su equipaje había sido revisado.

Con verdadero placer dejó atrás el mare mágnam que era en aquel momento la sala de espera del aeropuerto. Continuamente llegaban y salían de él aviones procedentes y con destino de todas las partes del mundo. Aquello era una Babel de murmullos, protestas, conversaciones entabladas en todos los idiomas de la tierra, entre rápidos movimientos, frases y chasquidos de besos de despedida y humo azul de millares de cigarrillos, consumidos nerviosamente en el último minuto. Todo ello dominado por el ronco tronar de los altavoces, anunciando constantemente la llegada y partida de nuevos aparatos.

—¿«Taxi», señor?

Una larga fila de ellos se alineaba a la salida del aeropuerto, ocupando todo un lado de la gran rotonda de cemento que se extendía ante él. El hombre miró al sonriente chofer negro y movió afirmativamente la cabeza; pero no soltó la maleta que el obsequioso negro intentaba arrancar de sus manos para colocarla en el «baquet» del coche.

Con verdadera delectación se dejó caer en el asiento, y tras de dar una dirección al negro, se arrellanó cómodamente en él y encendió el cigarrillo, que conservaba aún entre los dientes.

Apenas el «taxi» se puso en marcha, cuando un «Ford» de cuatro plazas se despegó de la fila de coches y le siguió a cierta distancia, sin que el confiado pasajero del avión, que acababa de ocuparlo, se diese cuenta de la persecución de que era objeto. Cuando el «taxi» penetró en la inmensa urbe neoyorquina, el «Ford» se pegó a él como la sombra al cuerpo, y sus ocupantes no lo perdieron de vista hasta que el «taxi» se detuvo a la puerta de un hotel de tercera categoría —el Maujer—, enclavado hacia el centro de la calle del mismo nombre.

El hombre pagó el importe del recorrido, tomó su maleta y penetró en el vestíbulo.

Los dos hombres que ocupaban el pequeño «Ford», estacionado en la esquina de Waterbury Street, desde donde habían contemplado toda la escena, se miraron.

—¿Lo has visto, Poncho? —preguntó el que empuñaba el volante—. No nos han engañado. Leiser intenta alzarse con el género.

—Eso será si le dejamos —gruñó el otro—. Voy a cortarle las alas. Espérame aquí.

Poncho saltó del coche y se encaminó al hotel. Era un hombre muy corpulento, a pesar de lo cual sus movimientos eran desenvueltos y ágiles. Su estatura era tan enorme, que su compañero pudo seguirle mientras se alejaba, porque su cabeza sobresalía bastante del resto de los transeúntes.

Poncho se acercó al «Comptoir», después de cerciorarse con un rápido vistazo de que Leiser no se encontraba ya en el vestíbulo.

—¿Tiene una habitación para mí? —preguntó al gerente.

Éste le examinó con ojos críticos. Si le agradó o no el que Poncho no llevase sombrero, no lo manifestó.

—¿Por cuántos días? —pregunto con el áspero tono del comerciante que no quiere o no tiene nada que vender.

—Sólo para esta noche —replicó el presunto cliente—. Me marchó mañana a Chicago.

—Entonces sí la hay. ¿La quiere con baño?

Mientras hablaba, el gerente había abierto de nuevo el libro de registro de viajeros, dándole media vuelta hacia Poncho, a la vez que presentaba una pluma.

—Inscríbase, por favor.

Poncho comprobó de una rápida ojeada el número de la habitación ocupada por el hombre a quien habían seguido hasta allí. Se había Inscrito con su verdadero nombre, y además era el último que lo había hecho, de forma que no había lugar a dudas.

Levantó hacia el gerente unos ojos reidores, y repuso:

—Mejor será esperar un poco. Tiene que venir un amigo mío, y así podremos estar Juntos.

Sin replicar siquiera, el gerente dio media vuelta al libro y lo cerró. Poncho se alejó del «Comptoir» y se dejó caer Indolentemente en un diván del vestíbulo, dando Inocentes chupadas al cigarrillo que encendió, hasta que la enojada mirada del gerente dejó de fijarse en él.

Entonces se dirigió resueltamente al arranque de la escalera. La habitación de Leiser estaba en el quinto piso, pero él no utilizó el ascensor para subir. Cuantas menos personas vieran su tipo inconfundible, mejor que mejor.

La escalera era estrecha, y en cada descansillo tenía una ventana que daba a un patio profundo y negro como un pozo, de forma que apenas se veía en ella.

Nada más pasar el tercer piso, se detuvo un segundo para sacar la pistola de la funda sobaquera, quitarle el seguro y ajustar al cañón un pequeño silenciador.

Al fin llegó al quinto piso, y con la mano metida en el bolsillo de la americana, empuñando la pistola, fue mirando las puertas hasta encontrar la que ostentaba el número 542.

Dentro de ella, el hombre que había seguido hasta allí se había despojado de su chaqueta y la corbata, después de haber marcado un número en el teléfono y haber sostenido una breve conversación. Luego se entregó a una extraña maniobra.

Colocó la maleta encima de la mesa, la abrió y, sacando una navaja del bolsillo, raspó el papel que cubría uno de los listones de madera que componían la armadura de la maleta, dejando al descubierto una especie de línea que corría a lo largo del listón lateral, un poco más arriba de la mitad de su altura.

Asiendo la parte superior del listón, tiró hacia arriba. La línea se hizo más gruesa, mostrando que era la juntura de la tapa y el resto de una especie de caja, muy estrecha y alargada, formada por el listón hueco.

Éste era tan estrecho que no podía meter los dedos, por lo cual tuvo necesidad de ayudarse con la navaja para conseguir extraer de él el extremo de una especie de cinta, de media yarda de longitud, la cual, lejos de ser lisa, presentaba numerosos abultamientos, que variaban del tamaño de un guisante al de una lenteja, recubiertos todos ellos por la tela de la cinta.

Dejó ésta sobre la mesa. Una sonrisa clarísima de triunfo se dibujaba en sus labios, mientras colocaba de nuevo la parte superior del listón que actuaba como tapa, y cerraba la maleta.

Antes de proceder a extraer el contenido de la cinta, encendió otro cigarrillo, mientras que, de espaldas a la puerta, contemplaba sin verlo el edificio de enfrente a través de los cristales de la ventana.

¡Con qué facilidad los había burlado! Había bastado ir a un hotel diferente al que le habían indicado, y todo el producto de aquel viaje sería solo para él. Claro que aún quedaba una segunda parte, nada fácil, que era salir de Nueva York sin que ellos se lo estorbasen; pero para eso contaba con la ayuda de la persona a quien acababa de telefonar. Todo había sido un juego de niños.

Absorto en sus reflexiones, no se apercebíó de que la puerta de la habitación se abría sigilosamente detrás de él, hasta que...

—Hola, Leiser.

La voz sonó en tono menor, contenido, pero no por ello resultó menos amenazadora y cortante que si hubiera sido un restallante grito de amenaza.

Leiser se volvió rápidamente. Su rostro palideció al ver a Poncho ante él, con la espalda ligeramente apoyada en la puerta, con una irónica mueca en los labios y una pistola en la mano que apuntaba directamente a su corazón... ¿O quizá apuntase a su cabeza?

Leiser era incapaz de articular una sola palabra. Un miedo terrible brillaba en sus ojos, como brillaría en los de un animal acorralado. La transición de la alegría al pánico había sido tan brusca que sus facciones parecían talladas en duro granito, incapaces de moverse de la postura en que las había dejado la sorpresa.

—Bueno, chico, ¿te has quedado mudo? —preguntó Poncho con sorna.

Leiser siguió sin pronunciar palabra. Parecía que el uso del habla había huido de él. Poncho avanzó, con los negros ojos brillando en sus órbitas de una manera asesina.

—Conque pretendías dártelas de listo, ¿eh, Leiser? —dijo—. Seguramente pensabas que tu cerebro era un prodigio comparado con los nuestros. ¿No sabías que hace tiempo venimos sospechando de ti? Por eso te envió el jefe esta vez... Sólo queríamos probarte.

Sonrió al comprobar la expresión de dolorosa sorpresa que se reflejaba ahora en los ojos de Leiser. ¡Y él que se había creído tan listo! Se había dejado atrapar como un incauto; pero lucharía hasta el fin.

Poncho percibió el brillo salvaje de sus pupilas y comprendió su significado.

—Levanta los brazos —conminó—. Más aún...

El silencio que se hizo después de esta orden tajante de Poncho era tan denso, que los ruidos de la calle llegaban hasta ellos perfectamente audibles.

—¿Dónde está el género? —preguntó Poncho con voz sibilante.

Leiser no contestó. En realidad, parecía no haberle oído siquiera, en vista de lo cual Poncho repitió la pregunta, no obteniendo, por parte del otro, más respuesta que su mutismo.

—Leiser —dijo con mal contenida cólera—. Tengamos la fiesta en paz. Dámelo y me iré sin hacerte daño.

Leiser sabía muy bien que estaba mintiendo. Había subido allí con el decidido propósito de matarle, y lo haría aunque le entregase lo que le pedía.

—Te voy a a... —exclamó Poncho, acercándose a él.

Los ojos de Leiser se fijaron inconscientemente en la larga cinta que estaba sobre la mesa, semioculta a la mirada de Poncho por la maleta. Éste siguió la dirección de su mirada, descubriendo lo que

tanto empeño tenía Leiser en ocultar, y una sonrisa de satisfacción relució en sus gruesos labios.

Los dos hombres se abalanzaron sobre la cinta, y ambos llegaron a ella al mismo tiempo, asiéndola con firmeza.

Durante unos segundos forcejearon, intentando arrancarla cada uno de las manos del otro, alternando los violentos tirones con escogidos insultos e improperios de sus respectivos repertorios y algún que otro golpe, propinado con la peor intención.

Poncho llevaba la peor parte, porque aún conservaba la pistola en la mano izquierda, lo cual le ponía en condiciones de inferioridad en aquel forcejeo. Además, Leiser no era un enemigo despreciable. Su cuerpo estaba constituido por manojos de nervios, semejantes a cables de acero, que oponían la fuerza de la desesperación a la hercúlea musculatura de Poncho.

La mayoría de la cinta estaba ya en poder de Leiser, que le miraba con ojos asesinos, jadeante el pecho a causa del esfuerzo, cuando, de pronto, Poncho se dio cuenta de que tenía en su mano izquierda el medio de decidir la pugna a su favor.

Manteniendo asida la cinta con la mano derecha, hundió la izquierda en el estómago de Leiser. Éste se percató de la maniobra demasiado tarde. Cuando quiso hacerse hacia atrás, ya no era tiempo de evitar lo que llegó después.

Poncho apretó el gatillo del arma. Cuatro secos disparos, apenas más audibles que un ligero golpe de tos, empujaron a Leiser contra la pared, donde quedó apoyado, con la cinta enredada entre las manos, con las cuales se apretaba el estómago, pretendiendo detener la sangre que se escurría entre sus dedos después de haber empapado la camisa y el pantalón.

Poncho miraba como hipnotizado los ojos de su rival, que se tornaban vidriosos a medida que perdían la expresión que comunica la vida. Leiser fue resbalando lentamente hasta quedar sentado en el suelo. Luego cayó hacia un lado, con las manos tintas ya en sangre, cubriendo aún las heridas por donde se le había ido la vida.

Su asesino se acercó a él, y después de contemplarle unos segundos, le propinó una feroz patada en un costado, delicada manera de convencerse de que estaba muerto. Luego se inclinó sobre el cuerpo inerte del que había sido Leiser y le arrancó de un violento tirón el objeto de la disputa.

La cinta, teñida en sangre, pasó a sus manos, y de éstas a uno de los bolsillos de la americana. Poncho se guardó también la pistola, se cercioró de que sus ropas no estaban manchadas de sangre y, tras recomponerse el cabello y el traje, revuelto durante la pelea, se acercó a la puerta del pasillo, sin volverse a mirar a su víctima.

El pasillo estaba desierto. Poncho salió a él y bajó la escalera con la mayor tranquilidad.

En la puerta del hotel se hizo ligeramente a un lado para ceder el paso a una mujer que entraba en aquel momento.

Era joven y guapa. Poncho, cuyo inflamable corazón latino ardía con la mayor facilidad en presencia de una mujer hermosa, obligó a su pensamiento a huir de la habitación donde acababa de dejar a un hombre muerto, para fijarlo en el bello rostro de la mujer. El tipo estaba de acuerdo con el rostro, y Poncho lanzó un ligero silbido de admiración antes de sentirse poco menos que empujado hacia la calle.

El coche le esperaba aún en el lugar donde lo había dejado. Su compañero estaba sentado al volante, presa de la más viva excitación ante su tardanza. Poncho abrió la portezuela del «Ford» y se acomodó al lado del conductor.

Apenas cerró de nuevo la puerta, el coche se puso en marcha, incorporándose al tráfico de la Metropolitan Avenue. Los dos hombres permanecieron silenciosos durante largo rato. Luego el conductor preguntó:

—¿Lo conseguiste?

—Sí —repuso Poncho, sacando la ensangrentada cinta del bolsillo—. Pero tuve que darle al dedo.

El conductor lanzó una rápida ojeada a la enrojecida cinta que Poncho le mostraba, sosteniéndola en el cuenco de la mano. Enseguida volvió a prestar atención al tráfico.

—¿Te lo has cargado? —preguntó.

Poncho emitió una sonrisa feroz.

—Yo nunca hago las cosas a medias —dijo—. Leiser no volverá a gallear más. Se lo tenía bien merecido por traidor.

Mientras el «Ford» se perdía entre el tráfico inmenso de la urbe, el gerente vió acercarse al «comptoir» a la mujer que atrajera la atención de Poncho, y sonrió con aprobación. No sólo era linda, sino que iba exquisitamente vestida. El gerente se inclinó

ligeramente.

—¿Una habitación? —preguntó con obsequiosa sonrisa.

Ella hizo un gesto negativo.

—¿Qué habitación ocupa Leiser Hancock? —preguntó—. Llegó hace cosa de una hora.

El gerente consultó el libro, y le dijo lo que quería saber. Ella le dio las gracias, acompañadas de una exquisita sonrisa, y se encaminó al ascensor, que la dejó en el quinto piso.

Cuando encontró la habitación de Leiser, llamó a ella con los nudillos, sin obtener respuesta. En vista de ello, repitió la llamada, obteniendo de nuevo el silencio por toda contestación.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la puerta estaba abierta, y entró en la estancia, llamando:

—Leiser, Lei...

La sonrisa murió en sus labios al contemplar el cadáver del hombre, con los ojos desmesuradamente abiertos fijos en ella. Sus manos estaban tintas en sangre, ocultando los orificios producidos por los proyectiles. A su lado había un charco rojo, formado por la cantidad de sangre suficiente para haberse llevado toda la vida del hombre.

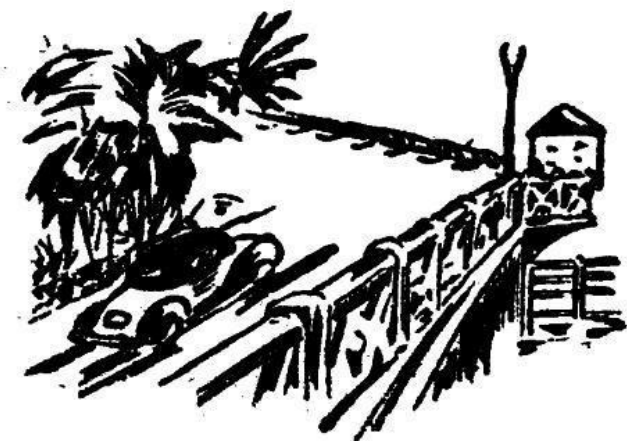
La mujer corrió hacia él, lanzando un grito. Un segundo más y se habría abalanzado sobre el cuerpo sin vida de Leiser; pero un pensamiento la contuvo, y se acercó a él despacio, arrodillándose a su lado, procurando evitar la sangre.

Durante unos segundos le miró en silencio. Una lágrima resbaló por sus mejillas, y cayó sobre la mancha roja, abriendo un pequeño cráter en la parte de la sangre, que no había empezado a coagularse aún.

Enseguida pareció tomar una decisión. Miró alrededor. La chaqueta del muerto estaba colgada en el respaldo de una silla. La muchacha metió la mano en el bolsillo interior de ella, sacando la cartera, que guardó en su bolso de mano, que había arrojado sobre la mesa. Luego, tras convencerse de que no había más papeles en el resto de los bolsillos de la chaqueta, volvió junto al cadáver y lo contempló durante unos segundos, no atreviéndose a registrarle los bolsillos del pantalón.

Se inclinó sobre la cabeza del muerto y posó sus labios rojos en la yerta frente de Leiser. Luego se incorporó de nuevo,

encaminándose a la puerta. Al llegar a ella, lanzó una última mirada hacia atrás; un sollozo incontenible se quebró en su pecho y salió al pasillo, cerrando tras de sí la puerta de la estancia.



PADRES:

¡NO PENSADLO MAS!

¿El mejor **REGALO** para su hijo?

EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡EMOCION! ¡RISA! ¡CULTURA! ¡ARTE!

¡COLOR! ¡CALIDAD!

¡32 páginas maravillosas sólo por 4 ptas.!

II

LA MUJER DESCONOCIDA



N el coche de la Policía Metropolitana se detuvo frente al edificio del hotel. El gerente estaba en la puerta, esperando a los hombres que se apearon de él. Luego llegaron nuevos coches, y la gente se arremolinó alrededor de la puerta, atraída por el olor del asesinato. En un momento varios agentes, algunos de ellos provistos de máquinas fotográficas de gran potencia y otros útiles, se agruparon en el vestíbulo, en torno al inspector Kirkwood, a quien un excitado gerente explicaba, en quejumbroso tono, cómo uno de los «botones» del hotel había

descubierto el cadáver del hombre que hacía apenas cuatro horas ocupaba la habitación número 542.

El ascensor fue insuficiente para subir a todos de una vez. Mientras volvía a bajar, Kirkwood penetró en la habitación. Sólo uno de los agentes que iban con él, el teniente Shellemberg, le siguió dentro de ella. Los demás quedaron en el pasillo, esperando las órdenes del inspector, charlando entre sí, sin mostrar la menor curiosidad ni ningún deseo de asomarse a la puerta para ver qué había dentro de la habitación. Estaban ya tan acostumbrados a aquellas cosas, que crimen más o menos no tenía para ellos la menor importancia. Ni se paraba el mundo ni se desplomaba ningún rascacielos por ello.

El gerente fue a cruzar el umbral, pero la voz de uno de los agentes le contuvo.

—Más vale que no entre —dijo—. Al inspector no le gustará.

Éste y el teniente estaban arrodillados junto al cadáver de Leiser Hancock, examinándole con atención, pero sin tocarle.

—Debe de hacer unas tres o cuatro horas que ha muerto —dijo el inspector—, a juzgar por lo que nos ha dicho el gerente.

—¿Tiros o puñaladas? —preguntó Shellemberg.

—Ya lo veremos más tarde. Tiene las heridas tapadas con las manos, pero me parece que ha habido ruido —repuso el inspector.

Examinó con ojos críticos la habitación. Su mirada se posó en la maleta que estaba sobre la mesa y la abrió, envolviéndose la mano en un pañuelo.

—Mira esto, Shellemberg —dijo.

El teniente se acercó a la mesa, y Kirkwood le mostró el listón de la maleta, levantando la parte superior del mismo.

—Muy curioso —afirmó el teniente—. ¿Qué cree usted que tendría oculto ahí?

—Trataremos de averiguarlo. Di a éstos que pasen.

Los agentes penetraron en la estancia, y cada uno comenzó a efectuar la tarea que tenía que realizar, sin preocuparse de los demás.

El cuerpo de Leiser fue fotografiado desde distintos ángulos, mientras otros agentes buscaban por todas partes huellas dactilares... Una vez que hubieron terminado, salieron de la estancia, acompañados por las palabras de Kirkwood:

—A trabajar, muchachos. Quiero todo eso dentro de un par de horas.

De nuevo se inclinaron ambos sobre el cadáver de Leiser. El inspector le separó las manos del estómago y lanzó un silbido.

—Le dieron plomo suficiente para matar a una mula —comentó.

El teniente registró los bolsillos del pantalón del muerto, sacando un pañuelo, unas llaves y algunas monedas sueltas.

—Mira a ver en la chaqueta —indicó Kirkwood—. Debe de ser ésa...

Shellemborg registró la chaqueta, no encontrando en ella ni un solo papel. Así se lo manifestó al inspector, que lanzó un gruñido de disgusto. El mismo resultado obtuvieron con el registro de la maleta. No había en ella un solo documento.

De pronto el teniente se agachó junto a la mesa y cogió del suelo algo que sostuvo entre sus dedos, mostrándoselo al inspector.

Kirkwood se acercó a él. El teniente le enseñó lo que había encontrado.

—Da la luz —ordenó el inspector.

El teniente lo hizo, volviendo junto a Kirkwood, que miraba con curiosidad el pequeño objeto que brillaba en la palma de su mano, lanzando brillantes destellos a la luz de la bombilla.

—Es un brillante —dijo Shellemborg—. ¿Será bueno?

—No se mata a un hombre para robarle piedras falsas —repuso el inspector.

—¿Cree usted que quien le mató vino a robarle?

—Estoy convencido. Con lo que me ha explicado el gerente y lo que hemos visto, he podido formarme una idea de lo ocurrido. Desde luego, el asesino y el asesinado tenían poco que echarse en cara respecto a moralidad. Esa maleta está diciéndolo a voces. Vamos a interrogar de nuevo al gerente.

Éste estaba en la puerta, mirando con curiosidad hacia adentro. Kirkwood le ordenó pasar.

El interrogatorio fue largo. De él dedujo Kirkwood lo que había ocurrido, aproximándose bastante a la realidad. No obstante, había aún ciertos puntos oscuros que tenían que ser aclarados.

Sabía que el ocupante de la habitación había sido asesinado para despojarle de los brillantes que guardaba en aquel ingenioso dispositivo de la maleta; pero ¿quién lo había hecho? ¿Tal vez la

mujer? El inspector se inclinaba a la idea de que el asesinato había sido cometido por un hombre. La lucha que, según todas las trazas, había tenido lugar en la habitación, parecía demostrarlo así; pero nadie en el hotel parecía haberle visto.

El dispositivo de la maleta le convenció de que los brillantes habían sido pasados de contrabando por algún puerto o aeródromo del país por el hombre que yacía junto a la ventana; pero ¿cómo se había enterado tan pronto su asesino de su llegada, llevando aquella valiosa carga? ¿Qué papel representaba en el asunto aquella mujer que llegó preguntando por él?

—No hace falta ser un lince para comprender que le venían siguiendo —resumió el inspector—. Lo cual quiere decir que el asesino sabía que traía las piedras y cuándo y por qué medio iba a llegar a la ciudad.

Se trataba ahora de identificar a la víctima, pues ésta había sido despojada de todos sus documentos.

El gerente le dijo al inspector el nombre con el cual se había inscrito el muerto en el libro registro.

—Leiser Hancock —murmuró Kirkwood—. Seguramente será falso.

No obstante, dio una orden al teniente, y éste puso a varios de sus hombres a trabajar sobre el asunto.

Fue entonces cuando el gerente se acordó de Poncho, y así se lo dijo al inspector.

—Llegó diez minutos después que el otro —confesó a las preguntas excitadas de Kirkwood—. Me preguntó si tenía una habitación, y le dije que sí, pero no la quiso. Dijo que esperaría a un amigo para inscribirse juntos. Se sentó en aquel diván-continuó, señalando uno junto a la escalera, —y encendió un cigarro; pero cuando volví la vista había desaparecido. Media hora después le vi cruzar el vestíbulo en dirección a la calle. En la puerta se cruzó con aquella mujer.

—¿Tuvo ocasión de ver el libro? —preguntó el teniente.

—Claro que sí —repuso el gerente—. Le di la pluma para que se inscribiese y le presenté el libro. Fue entonces cuando me dijo que prefería esperar.

—Eso ya es algo —afirmó el inspector—. Me da en la nariz que ése es nuestro hombre. ¿Le reconocería usted si le viese?

—Naturalmente —aseguró el gerente—. Es un tipo inconfundible. Alto, fuerte... No sé cómo decirlo... Si, enorme, ésa es la palabra. El pelo muy negro y abundante. Parece español, italiano... o tal vez mejicano.

Después de hacer otras preguntas y tomar algunas notas, los dos policías abandonaron el hotel, una vez que la ambulancia se llevó el cadáver de Leiser.

El nombre con el cual éste se había inscrito en el hotel resultó ser el verdadero. Una rápida investigación en los aeropuertos les permitió saber que Leiser había llegado aquella misma tarde a Nueva York, procedente de París, y que había pasado por la Aduana como los demás viajeros.

Cuando Kirkwood recibió estas noticias estaba en su despacho del edificio del Center Street, examinando las huellas sacadas de la habitación. Algunas de ellas correspondían al muerto. Había otras varias que, al parecer, pertenecían al personal del servicio y limpieza del hotel, y otras, por último, tan borrosas, que no pudieron ser identificadas, aunque el experto en huellas le indicó que había pocas posibilidades de que fueran de una mujer.

—Pues estamos lucidos —comentó Kirkwood.

El informe del forense le sorprendió paseando furiosamente por su despacho. Kirkwood se arrojó sobre el informe con ansiedad. Éste fijaba la hora de la muerte alrededor de las siete de la tarde, cosa que ya sabía Kirkwood, teniendo en cuenta la hora de la llegada al hotel de la mujer y el hombre.

Leiser había recibido cuatro balazos a quema ropa, de los cuales dos presentaban una trayectoria ascendente, perforando el diafragma, para ir a alojarse en el corazón y pulmón izquierdo, causando la muerte inmediata el primero de ellos.

Pero no fue esto lo que hizo abrir los ojos de Kirkwood, sino una nota que el doctor Eagle, forense de la Policía, había insertado al final de su informe, y que Kirkwood señaló al teniente. Decía así:

«El resto de la piel no presenta otras heridas más que algunos arañazos recientes en el cuello y ambas manos, como si la víctima hubiera forcejeado con su agresor; pero en la frente había una leve mancha roja, que, examinada convenientemente, resultó ser, no sangre, como se creyó en un principio, sino carmín del

utilizado por las mujeres para pintarse los labios».

—Esto ya es algo, Shellemberg —dijo el inspector, volviéndose hacia él—. Al menos sabemos que no fue la mujer quien lo mató. Nadie comete un asesinato y luego deposita un caritativo beso en la frente de su víctima.

—Pudo salir a recibirle al aeropuerto —opuso el teniente.

—En ese caso le habría echado los brazos al cuello y el beso habría sido dado en la boca o en la mejilla. No... no... Esa mujer, fuera su hermana o su novia... o lo que fuese... le besó en la frente con todo el respeto debido a un muerto.

—¿Quién será? —preguntó el teniente, rascándose la cabeza intrigado.

—Hay que averiguar si ese individuo tenía novia o alguna hermana, o si alguna mujer, joven y bonita, se interesaba por él en alguna otra forma.

El teléfono sonó en aquel momento. Era la voz de uno de sus hombres la que le llegó a través del hilo.

Kirkwood escuchó con atención. Luego dijo:

—Espere un poco —tomó un lápiz y un «block» de notas, apuntando en él algo que el agente le estaba diciendo—. Está bien. Vamos para allá —dijo luego.

Colgó el auricular y se encaró con Shellemberg:

—Ese Leiser tenía un piso en la calle Ciento Veinticinco. Wharton lo ha localizado. Está cerrado con llave, y, al parecer, no hay nadie dentro de él. Vamos a ir allí.

Ambos salieron del despacho. El intenso tráfico les obligó a ir despacio. Era ya de noche, pero la Séptima Avenida estaba iluminada casi como si fuera de día. Wharton les estaba esperando en la puerta del número 64 de la calle Ciento Veinticinco. Éste con evidentes muestras de impaciencia.

Apenas el coche de la Policía se detuvo frente a la casa, se destacó del portal y corrió hacia él para informar al inspector.

El edificio era una construcción de ocho pisos, dedicado por entero a alquiler de pequeños departamentos. Una mezcla de gerente y portero les acompañó al ascensor y subió con ellos al cuarto piso, donde, al parecer, se encontraba el departamento de Leiser.

Tal como les dijera Wharton, la puerta estaba cerrada. Dentro no

se oía ni un susurro. Todo parecía indicar que el piso estaba vacío en aquel momento.

—¿No tiene usted una llave? —preguntó Kirkwood al obsequioso portero.

—La tengo de todos los departamentos, menos de éste —repuso el hombre—. Míster Hancock era un hombre un poco raro, señor. El mismo limpiaba su piso y nunca permitió a nadie la entrada en él... Me refiero a nadie de nosotros.

El inspector supuso que en aquel nosotros iban incluidos el portero, su esposa y las mujeres de la limpieza de los departamentos.

—¿Recibía muchas visitas?

—Bastantes... y algunas parecían poco recomendables. Eran hombres de gesto duro y modales poco cordiales, que...

Mientras esperaban la llegada del cerrajero que Wharton había enviado a buscar, Kirkwood escuchó nuevos detalles acerca de Leiser Hancock, que le convencieron de que la sociedad no tenía por qué llorar su muerte con excesiva pena.

De pronto, del interior del piso llegó a oídos de todos un ruido, producido por algún objeto metálico al chocar contra el suelo. Kirkwood y el teniente se miraron, y ambos se hicieron la misma pregunta: «¿Quién estaría dentro del departamento de Leiser? ¿Y qué haría allí?». Con la velocidad del relámpago, el teniente voló escaleras abajo, mientras Kirkwood cargaba contra la puerta con toda la fuerza de sus potentes espaldas; pero aquélla no cedió.

Cinco minutos después llegaba el cerrajero y puso el mayor ardor en la tarea de descerrajar la puerta; pero la cerradura era de un moderno modelo, que le dio bastante quehacer.

El hombre sudaba tinta, acuciado por la impaciencia del inspector. Mientras tanto, el teniente había llegado abajo y vio a un patrullero de la Policía, a quien llamó a voces.

El agente corrió hacia él, y ambos fueron hacia el callejón en el cual desembocaba la escalera para casos de emergencia del edificio.

Mientras tanto, Kirkwood, sin poder contener su impaciencia, apartó a un lado al cerrajero, propinando a la puerta una fuerte patada que terminó la labor de aquél. El inspector se lanzó dentro del piso como una tromba.

Sabía de antemano lo que iba a encontrar en él y no se

sorprendió al ver el contenido de los cajones desparramado por el suelo; pero quería atrapar a la persona que había estado registrando el departamento, por lo cual recorrió, como un loco, las cuatro habitaciones que lo componían.

La ventana de la cocina, completamente subida y con el visillo ondeando a las estrellas, le mostró el camino que había tomado el desconocido violador del piso. Kirkwood se abalanzó hacia ella al tiempo de ver la sombra de un cuerpo que pisaba en aquel momento el callejón, alejándose hacia la salida de éste.

El inspector miró, como fascinado, la figura que se alejaba. Al pasar bajo la triste bombilla que iluminaba la entrada de la calleja, percibió los vagos contornos de un cuerpo femenino y un alarido de aviso se escapó de sus labios.

—¡Shellemberg!

La llamada resonó en la noche como un ladrido. El teniente la oyó cuando se disponía a dar la vuelta al callejón y aceleró el paso. Una mujer estaba indolentemente parada en la esquina. Shellemberg ni la miró siquiera y al patrullero le ocurrió igual, atraídos por la violenta llamada del inspector. Si hubieran puesto en ella la menor atención, habrían visto cómo la mujer —guapa y elegante— se alejaba rápidamente hacia la Séptima Avenida.

Kirkwood, contempló, impotente, desde la alta ventana, cómo se le escapaba la presa. Vió a Shellemberg y al patrullero penetrar en el callejón casi en el mismo instante en que la mujer salía de él, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Shellemberg! ¡Atrapan a esa mujer!...

Ella percibió la voz de arriba y advirtió el peligro. Su rápido paso se convirtió en una carrera. Shellemberg, por el contrario, tardó medio segundo en asimilar la orden del inspector y en darse cuenta de que se refería a la mujer con quién acababa de cruzarse.

Cuando quiso volverse ya era tarde. Doscientas yardas más allá, un «taxi» se puso en marcha llevándose a la mujer. Shellemberg se abalanzó hacia el auto de la Policía estacionado ante la casa, pero éste estaba vuelto en dirección contraria a aquélla en que había huido la mujer, y así, cuando quiso darle la vuelta, el «taxi» se perdía ya entre el tráfico de la Séptima Avenida.

Shellemberg paró el automóvil, desalentado, y se apeó de él. El patrullero se le acercó.

—He tomado la matrícula de ese coche —dijo.

Shellemberg le miró casi agradecido. Aquello era algo con qué justificarse ante el inspector. No obstante, su rostro no reflejaba la menor animación cuando regresó al departamento.

Kirkwood había tenido tiempo de serenarse, de forma que el teniente no escuchó la repasata que tanto había temido.

El departamento presentaba un aspecto desolador. Parecía como si un ciclón hubiese pasado por él. Todos los cajones habían sido abiertos y su contenido esparcido por el suelo; pero era evidente que no había sido el robo el objeto de la visita, a juzgar por algunos dólares que se veían encima de una mesa y el reloj, que estaba sobre un estante que contenía algunos libros.

Los dos policías revisaron con la mayor atención los papeles tirados por el suelo. Eran en su mayoría facturas pagadas, cartas de amor e de amistad, sin ningún interés; recortes de periódicos y cuentas de gastos, que no arrojaron ninguna luz sobre la misteriosa vida de Leiser Hancock.

Tampoco pudieron encontrar ninguna fotografía del ocupante del departamento, ni cualquier documento que hiciera mención a él, de forma que hubieron de resignarse con los pocos detalles que tenían acerca de su vida y su persona.

Seguidos por Wharton, abandonaron el departamento.

—¡Y pensar que hemos tenido en la mano a esa mujer! —reventó el inspector al subir al coche—. El teniente enrojeció hasta las orejas ante aquel reproche.

Volvieron a Center Street. Media hora después de llegar ellos, la División de Tráfico había localizado al conductor del «taxi», que había recogido a la visitante del departamento de Leiser.

Era un hombre rechoncho, de lento y calmoso hablar, que pudo dar muy pocos detalles acerca de la mujer.

—¿Dónde le ordenó ir? —preguntó el inspector.

—Me mandó salir a la Séptima Avenida lo más rápidamente posible —dijo el «taxista», con la mayor pachorra del mundo—. Conque lo hice así. Una vez en ella, me mandó seguir adelante, y se apeó en la esquina de la calle Doce.

También se derrumbaba aquella esperanza.

—¿Qué aspecto tenía?

El chofer casi no podía decirlo. La viajera había mantenido

apagadas las luces del «taxi» hasta el momento de apearse. Entonces se había inclinado hacia el conductor y le había entregado cinco dólares, diciéndole que se quedase con la vuelta. Apenas paró el «taxi», se tiró de él y se alejó, de forma que casi no había podido verla.

Sólo recordaba que su pelo era castaño y su andar majestuoso. Le parecía que iba vestida de negro, pero no podía asegurarlo.

—No son muchos datos que digamos —se lamentó el inspector—. Bien. Puede usted retirarse. —Y cuando el chofer salió, se encaró de nuevo con Shellemberg—: Bueno. Nuestra participación termina aquí. Me parece que éste es un capítulo más del contrabando de brillantes que investiga el

F. B. I.,

de forma que vamos a redactar el informe y a pasárselo al inspector Bradberry.

AVENTURAS DEL F. B. I.
JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIO de
AVENTURAS DEL F. B. I.
JEQUE BLANCO
¡LO MEJOR DE LO MEJOR
PARA LA JUVENTUD IBEROAMERICANA!

III

EL F. B. I. ACTUÁ



que el
F. B. I.
investigaba el contrabando de brillantes en mayor escala que jamás
se hubiera conocido en los Estados Unidos.

ACÍA ya unos dos meses

El fraude de que estaban siendo objeto las Aduanas de los
Estados Unidos y del mundo entero, se descubrió gracias a los

conocimientos psicológicos de los empleados de las Aduanas estadounidenses. Weizmann, un joven austríaco, de treinta y un años de edad, cometió varias torpezas en la apertura de su equipaje, en la Aduana de Nueva York, al embarcar para Europa.

Aquello dio que sospechar a los agentes de aduanas, y se envió un cable a la Policía belga, anunciándole la llegada del austríaco. Cuando éste bajó del avión, en Bruselas, dos agentes de la Policía belga le hicieron un concienzudo registre; pero no fueron ellos, sino el examen por rayos X de sus zapatos lo que permitió descubrir que el tacón correspondiente al derecho estaba hueco, y en su interior se encontraron pequeños paquetes, conteniendo diamantes en bruto por valor de

200 000
dólares.

Aquél fue el punto de partida para iniciar una serie de investigaciones que hubieran conducido al descubrimiento de la bien organizada banda, que operaba en todo el mundo, al parecer. Weizmann, fue llevado de nuevo a los Estados Unidos, a disposición del

F. B. I.;

pero los agentes de la magnífica institución policial no llegaron a tomarle declaración, porque Weizmann no llegó vivo a los Estados Unidos, y sus asesinos no pudieron ser encontrados.

Aquello demostró a los cerebros directores del

F. B. I.

que se encontraban ante una banda de desalmados perfectamente organizados, que poseían una excelente información acerca de los movimientos de sus componentes o de las personas que inocentemente servían a sus fines.

Se montó una vigilancia como no se había conocido jamás en todos los aeródromos y puertos del país, sobre todo en los primeros, y fueron varios los individuos que intentaban pasar brillantes a los Estados Unidos o sacarlos de la nación, valiéndose de los más ingeniosos subterfugios y procedimientos para ocultarlos, que fueron detenidos por los valerosos y astutos agentes del

F. B. I.;

pero, a pesar de estos triunfos parciales, ninguno de sus componentes estaba satisfecho, ni mucho menos, de los resultados

obtenidos, porque los hombres que dirigían aquel tráfico permanecían ocultos en la sombra sin que los esfuerzos de los agentes del

F. B. I.

consiguieran poner sus rostros a la luz.

Dos agentes especiales del organismo federal perdieron la vida en un tiroteo sostenido con algunos individuos en el preciso momento en que pretendían huir del puerto de San Francisco en un barco de carga, después de haber eludido la acción de los agentes de aduanas.

Uno de ellos, Bendy Nilentok, fue detenido, pero en su poder no se encontró el menor rastro de brillantes. Fue inútil que se explorasen sus ropas y su cuerpo, incluyendo todas las cavidades naturales del organismo. No se consiguió encontrar la menor prueba contra él que permitiese acusarle de tráfico ilegal. Los rayos X fracasaron también, y como tampoco pudo demostrarse, gracias a la habilidad de un abogado bien pagado, que Bendy hubiera intervenido en el tiroteo, el gobernador del Estado decretó su libertad.

Sin embargo, el día antes de salir de la prisión Bendy Nilentok fallecía en la cárcel a consecuencia de una perforación de estómago. Lo curioso del caso fue que, gracias a la tenacidad del inspector jefe del

F. B. I.

de la División de Los Angeles, se consiguió una autorización del presidente de los Estados Unidos para hacer la autopsia al cadáver, pues ésta está prohibida dentro de los establecimientos penitenciarios de la Unión.

La autopsia demostró cuán acertadas eran las sospechas de los agentes del

F. B. I.

acerca de la culpabilidad de Bendy, al encontrarse dentro de su organismo un diamante de cincuenta gramos de peso, que había ocasionado la perforación.

La fatal y preciosa purga había pasado desapercibida hasta para los rayos X, a pesar del perfeccionamiento de estos aparatos.

Otros muchos hombres y mujeres fueron detenidos, y de sus declaraciones se sacó en consecuencia que la mayoría de las veces

actuaban en beneficio de los contrabandistas, ignorando completamente lo que llevaban encima.

Se trataba casi siempre de personas de reconocida solvencia moral, e incluso famosos en las artes o en las letras, que se prestaban con la mejor voluntad a hacer un favor a alguien, llevando a los Estados Unidos o sacando de ellos algún objeto de inocente aspecto en cuyas entrañas se escondía un tesoro fabuloso.

Tal ocurrió, por ejemplo, con el caso de la señora Ets Noffmann. Era de nacionalidad checa y llegó a Nueva York en un avión de la línea regular de Atenas, y entre el equipaje llevaba un par de zapatos nuevos, bien embalados en una caja de cartón.

Lex Milney, agente especial del

F. B. I.,

que era uno de los encargados de la vigilancia del aeropuerto, estaba presenciando el registro de los equipajes de los viajeros cuando fue llamado al teléfono.

Era su jefe, el inspector Alvin Bradberry, quien le llamaba, para anunciarle que habían recibido una comunicación del Estado Mayor del

F. B. I.

en Wáshington diciendo que algún viajero de los que iban en aquel avión intentaba pasar una carga de brillantes de contrabando.

Lex salió disparado hacia la Aduana. Algunos viajeros habían sido despachados ya y se disponían a alejarse hacia Nueva York, pero Lex, inflexible, les hizo regresar de nuevo.

Durante tres agotadoras horas Lex y los empleados de la Aduana registraron minuciosamente los equipajes, ayudados por instrumentos especiales para localizar metales preciosos, y, al fin, haciéndoles pasar a una oscura habitación, donde otro empleado miraba sus personas a través de una pantalla de rayos X, haciendo igual a continuación con los equipajes.

La señora Ets Noffmann entró con los demás viajeros, entre murmullos de protestas que Lex no se molestaba en reprimir. La pantalla fluorescente de los rayos X reveló que los tacones y las suelas de los zapatos que la señora Noffmann llevaba en la caja estaban huecos y que contenían algo en su interior.

Efectivamente. Los zapatos fueron destrozados y del interior de las suelas y tacones huecos se extrajeron hileras de pequeños

diamantes.

No hizo falta mucho para hacerla confesar que un desconocido, fingiéndose empleado del campo de aviación de Atenas, la había rogado que llevase aquellos zapatos a Nueva York, dónde la persona a quien iban destinados se presentaría a recogerlos en el hotel adonde ella iba a alojarse.

La mujer parecía tan aterrada y confusa que ninguno de los dos hombres tuvo la menor duda de que estaba diciendo la verdad. No obstante, debía de haber sido detenida, pero Alvin Bradberry tenía ya bien pensado el plan a seguir en el primer caso que pudiera aplicar la idea que se le había ocurrido y la dejó en libertad.

Apenas la señora Noffmann salió del edificio de Center Street, sin llevar, como es natural, los preciosos zapatos, Lex Milney la siguió discretamente hasta el hotel adonde la buena señora había pensado alojarse.

Se trataba con ello de capturar, a ser posible, al individuo que había de presentarse con la pretensión de recoger los famosos zapatos.

No hubo el menor descuido por parte de Lex. Éste, a pesar de su juventud, era perro viejo en el oficio, demasiado experimentado para dejar ningún cabo suelto, y así, apenas la señora Noffmann subió a su habitación, dio orden a la telefonista de controlar cuantas llamadas pudiera hacer la checa y se instaló en la habitación de al lado, dispuesto a no perderla de vista un solo instante.

Pero Ets Noffmann no llamó a nadie por teléfono y apenas si salió a la calle, y siempre que lo hizo fue seguida por Lex, como si fuera su ángel guardián, de forma que no pudo ponerse en contacto con nadie ni avisar al hombre a quien iban destinados los zapatos del peligro que se cernía sobre él.

Mistress Noffmann permaneció cinco días en Nueva York, al cabo de los cuales regresó a Europa, y en todo ese tiempo nadie se presentó a recoger los dichosos zapatos, por lo cual Lex y el inspector sintieron aumentar su respeto por aquella bien organizada cuadrilla de contrabandistas.

No cabía la menor duda de que éstos tenían vigilada la Aduana cuando había llegado el avión con carga para ellos. Probablemente la fotografía del que la llevaba les era retransmitida desde el punto de partida por algún medio más rápido que el avión, o, al menos,

tenían su descripción detallada, enviada tal vez por telegrama en clave especial, de manera que el inocente intermediario era reconocido enseguida y no se le perdía de vista a partir del momento en que su pie se posaba en el suelo.

Sólo así podía explicarse que nadie se hubiera presentado a reclamar a la señora Noffmann sus zapatos. Seguramente el hombre encargado de esperarla en el aeródromo se había dado cuenta del minucioso registro llevado a cabo y de la detención de Ets.

Aquello puso al inspector Bradberry de un humor de mil diablos. Los directivos del

F. B. I.

se mostraban cada vez más impacientes y acuciaban a los inspectores jefes de las cincuenta y dos divisiones de la organización con telegramas cada vez más apremiantes, poniendo en vilo el ánimo y el humor de todos los componentes.

Bradberry estaba cada día más sombrío. A Lex Milney le ocurría igual, y un viento cargado de presagios de fracaso se enseñoreó por todo el edificio de Center Street. Sus compañeros de la Policía Metropolitana les miraban con cierta sorna mal contenida, y un agente del

F. B. I.

fue experimentado por golpear a un sargento de la Metropolitana que se permitió gastarle una broma bastante pesada y con una carga considerable de mala intención acerca del asunto.

—Cualquier día me invitan a pedir la dimisión —había dicho Bradberry.

Había que reconocer que en esto no era justo consigo mismo, porque todos los inspectores y agentes del

F. B. I.

estaban pasando por el mismo amargo trago del fracaso que él.

El propio Edgar Hoover, padre y alma del

F. B. I.,

a cuyos miembros alentaba constantemente en sus trabajos a través de las páginas de la revista de la organización, el

«F. B. I.

Law Enforcement Bulletin», fue requerido por dos veces por el secretario del Tesoro, que le encarecía que hiciese todo lo posible por evitar aquel estado de cosas.

Así estaban éstas cuando Alvin recibió el informe de lo ocurrido en el Hotel Maujer y de cuántos detalles del mismo había podido recoger el inspector Kirkwood.

Durante diez días él en persona, secundado por Lex Milney y media docena más de agentes, se dedicó a localizar e identificar a la misteriosa mujer que, al parecer, era quien tenía interés en que se supiesen los menos detalles posibles de la vida de Leiser Hancock. Así se logró averiguar que éste procedía de un pueblecito de Kansas, de donde había salido hacia el Este con sus padres siendo muy niño. Por aquel entonces no tenía hermanos ni se le conocían más parientes en ningún sitio, de forma que aquí parecían haber llegado las investigaciones a un punto muerto.

Bradberry miró el último informe con una rabia feroz.

—Me comía todos esos papelotes por ver un resquicio de luz —masculló.

Luego comenzó a medir el despacho con las zancadas mayores que sus nada largas piernas le permitían.

Bradberry era uno de los más apreciados inspectores del

F. B. I.,

y amigo personal de Edgar Hoover. Era un simple agente especial cuando aquél fue llamado a dirigir el

F. B. I.,

por el presidente Roosevelt en persona, e impuso sus categóricas condiciones para hacerse cargo de la dirección de aquel instrumento estatal.

El

F. B. I.

era entonces un nido de intrigas y de codicias, donde el soborno, la recomendación o las presiones políticas estaban a la orden del día. Los hombres del temple moral y del valor personal de Alvin Bradberry no podían prosperar allí.

Entonces llegó Hoover e hizo una verdadera limpieza, destituyendo agentes, saneando los cuadros de mando y levantando tal polvareda que armó el revuelo más monumental que jamás conoció el país. Muchos le tomaron por un loco, pero él siguió adelante imperturbable, inflexible, ayudado por los pocos hombres que, como Alvin Bradberry, se habían agrupado alrededor de él, manteniendo erguida la bandera de la integridad.

El premio para éste había sido ser nombrado jefe de la División de Nueva York, después de haber derramado durante seis años en las aulas de la Academia de Quantico todo su saber y su enorme experiencia sobre las modernas generaciones de agentes especiales que habían de ser el orgullo del

F. B. I.,

y de su alma impulsora, bajo el lema de Fidelidad, Bravura, Integridad.

Alvin poseía un valor a toda prueba y una musculatura peco común en un cuerpo de mediana estatura y enjutas carnes. Hablaba muy deprisa y andaba más deprisa aún, como si la más mínima partícula de tiempo tuviera para él un valor inapreciable.

Alguien había definido sus nervios como un manojo de cuerdas de guitarra excesivamente templadas, y no se había equivocado al decir esto. Sólo el tener unos nervios de bien templado acero explicaba la incansable actividad del inspector, que, a sus cincuenta y cuatro años, destrozaba organismos de la mitad de la edad del suyo a fuerza de actividad.

Lex era uno de sus agentes más apreciados. Lo había moldeado él en la Academia y se llevó una agradable sorpresa cuando incorporaron al joven a la plantilla de Nueva York. Sabía que el muchacho haría carrera... aunque ahora ninguno de los dos se estaba luciendo precisamente.

Una silla pagó la ira hirviente que barbotaba en su pecho. Lex no dijo nada. Estaba acostumbrado a aquellos accesos de furia de Bradberry y sabía muy bien que con aquella patada había bajado en varios grados la presión de sus nervios, condenados a una inactividad forzosa en aquel momento.

Estaba en el punto culminante de su paroxismo cuando una llamada sonó en la puerta y ésta se entreabrió ligeramente.

—¿Se puede pasar? —pregunté una voz de hombre.

—¡Pase de una vez o váyase al diablo! —rugió Bradberry, plantándose en el centro de la estancia, de cara a la puerta.

Ésta se abrió y el rubicundo Jerry Ortiz, a quien todos llamaban *Baby* Ortiz a causa de su infantil expresión, penetró en el despacho de Bradberry.

Baby había llegado a la División un mes antes, procedente de la Academia. Estaba recientito y más verde que un geranio, pero

Bradberry, con aquella rápida visión que le caracterizaba, había adivinado en él inmejorables condiciones y se había propuesto convertirle en un destacado agente, aunque, por el momento, la furia que le dominaba le hizo olvidarse de sus buenos propósitos.

—¿Qué hace ahí, plantado como un poste? —preguntó—. ¡Dios! Con una luz encima parecería una columna de señales.

El rostro de *Baby*, se encendió como la grana. Lex sonrió y Bradberry, dándose cuenta de su brusquedad, agregó con mejores modales:

—Vamos, desembuche de una vez, ¿qué quiere?

Baby se atrevió a hablar y dijo, tendiendo un papel al inspector:

—Me han dado esto para usted.

Bradberry miró el sobre sorprendido. Luego lo arrancó de un tirón de las manos del tembloroso Jerry, lo rasgó, sacó su contenido y comenzó a leerlo.

Su rostro se puso alternativamente rojo y pálido. Luego pareció querer explotar y, al fin, se calmó merced a un violento esfuerzo sobre sí mismo.

—¿Quién se lo dió? —preguntó a Jerry.

—Un patrullero de la Metropolitana.

—Supongo que se le ocurriría preguntarle si Je cayó del cielo o fue alguna persona humana quien se lo entregó a él —tornó, a preguntar Bradberry, con una respetable dosis de sarcasmo en su voz.

—Sí... sí... señor. Se me ocurrió —repuso *Baby*—. Me dijo que estaba de patrulla en la calle Doce cuando se acercó a él una mujer...

—¿Una mujer? —aulló el inspector saltando hacia él—. ¿Está seguro de que era una mujer?

—Dice que llevaba faldas, señor —repuso Jerry con cómica gravedad—. Así es que de no ser un escocés... sería una mujer...

Aquello fue suficiente para abrir el grifo del estado de ánimo de Bradberry, que soltó la carcajada.

Jerry prosiguió, animado por la risa de su superior.

—Me dijo que le entregó este sobre, encargándole que lo hiciese llegar a manos de cualquier agente del

F. B. I.,

y le rogase que se lo entregase a sus superiores... Conque lo traje...

Supongo que no he metido la...

—No ha metido usted nada, Jerry —replicó Bradberry en tono normal—. ¿Le dijo cómo era la mujer?

—Sí, señor. Sus cabellos eran castaños y vestía elegantemente...

—¿Supongo que iba de negro?

—Exactamente, señor. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo un pajarito... Daría un brazo por echarla una mirada a esa nena —bramó Bradberry—. Y un brazo y la pierna del mismo lado por tenerla ahí sentada... Bueno, no me haga caso... Puede retirarse...

Jerry salió, después de lanzar sobre Lex una mirada cargada de dudas acerca del estado mental del inspector. Éste alargó el papel a Lex, invitándole a que lo leyese. No hacía falta semejante invitación, porque el agente estaba sobre ascuas, deseando conocer su contenido.

—¡Cuernos! —exclamó de pronto, pegando un bote en el asiento—. Ahora va a resultar que quiere ayudarnos.

El papel decía así:

«Elwin Odner llegará en el avión de las seis de la tarde, procedente del Marruecos francés. Calculo que trae encima unos treientos de los grandes en brillantes. ¿No les interesaría tener con él una larga conversación?».

Venía después una breve descripción del tal Odner.

No llevaba firma. Los dos hombres se miraron. Bradberry miró al reloj.

—Son las cinco, Lex —dijo—. Llévate a Ortiz.

Lex Milney comprendió la indicación y saltó hacia la puerta como un poseído.

Bradberry, que miraba por los cristales, le vio descender los escalones de cuatro en cuatro, *Baby* iba con él y los dos entraron como un huracán en el coche que esperaba a la puerta, que se perdió inmediatamente haciendo sonar su sirena.



¡Sin rivales!
HA APARECIDO
EXTRAORDINARIO
de
AVENTURAS DEL F. B. I.
ES UN ALMANAQUE FENOMENAL

IV

EL VIAJERO DEL «CLIPPER»



agentes del
F. B. I.

N el aeropuerto había dos

Lex y *Baby* Ortiz se entrevistaron con ellos, y el primero les explicó el motivo de su imprevista llegada, dándoles las señas personales de Elwin Odner.

Por el camino había madurado un plan. Nada de detener a Odner. No cometería dos veces el mismo error de poner sobre aviso a los hombres que tenían que recoger los brillantes de que su hombre de paja había sido descubierto.

Con este propósito esperaron pacientemente la llegada del avión

procedente de Casablanca, vía Cuba, fumando sin cesar mientras miraban a su alrededor, preguntándose cuál de las innumerables personas de inocente aspecto que les rodeaban sería la encargada de recibir a Odner.

Veinte minutos después el avión se posaba en una de las pistas de cemento, llevando aún en sus alas la salitrosa humedad del Atlántico y la calma, un poco forzada, que se observaba en el campo, se convirtió en una tumultuosa explosión de voces y actividad.

Lex, *Baby* y uno de los agentes que estaban en el campo recorrían incesantemente el enorme salón adonde se efectuaba el registro de los equipajes de los viajeros, cuarenta y dos en total, recién llegados en el «Clipper», mientras el otro agente vigilaba la única puerta del mismo por donde podían salir los pasajeros cuyos equipajes habían sido revisados ya.

Según la anónima comunicación que Lex llevaba en el bolsillo tenían que buscar a un hombre de unos cuarenta y cinco años, de gran estatura, ligeramente obeso, de pobladas cejas y nariz ligeramente aplastada.

Había un par de individuos entre los que habían descendido del avión que respondían poco más o menos a esta descripción, pero un vistazo disimulado a sus pasaportes permitió observar a Lex que ninguno de los dos era el hombre que buscaban.

Al fin los viajeros fueron saliendo y Odner no aparecía por parte alguna. Una ligera inquietud se iba apoderando de Lex. ¿Habría conseguido burlarles? ¿O tal vez habían sido víctimas de un engaño?

Baby y él prosiguieron la búsqueda con renovado interés, pero todo fue inútil. El último de los pasajeros del «Clipper» abandonó la Aduana y Odner seguía sin aparecer.

Tal vez no iría en el avión o quizá ni siquiera existiese tal individuo.

Los dos agentes se acercaron a la puerta.

—¿Le has visto salir? —preguntó Lex al agente que la vigilaba.

Éste le dijo que no.

—¡Vaya una plancha! —exclamó Lex, echándose el sombrero hacia atrás—. Se va a poner suave el viejo cuando lo sepa...

Se sentía como un trapo mojado, aunque intentaba disimularlo

con una capa de despreocupada ligereza. ¡Y él que había creído que aquella mujer intentaba ayudarles! Daría un año de su sueldo por tenerla en sus manos.

—Iba a salir de ellas como si la hubieran pasado entre dos rodillos —murmuró.

—Tal vez abandonó el avión en otro sitio —apuntó *Baby*, con cierta timidez ante su osadía al pretender dar lecciones a un veterano como Lex. Naturalmente, se refería a Elwin Odner.

Lex ya había pensado en aquella posibilidad, pero la había olvidado, y las palabras de *Baby* se la trajeron de nuevo a la memoria.

Un pensamiento acudió de pronto a su cerebro.

—Has tenido una excelente idea, *Baby* —confesó, muy serlo—. Le diré al viejo que se te ocurrió a ti. Le alegrará constatar que vas haciendo progresos. Ven conmigo.

No era una cosa sin importancia el ser alabado por un veterano; así es que el corazón de Jerry Ortiz iba lleno de orgullo mientras caminaba con rápido paso junto a su compañero.

—Aprisa, Jerry —dijo éste—. Se nos van a ir.

Subieron escaleras y cruzaron pasillos, andando con tal rapidez que las personas con quienes se encontraban en su camino se volvían para mirarlos. Al fin llegaron a una estancia en la cual se colaron de rondón.

Un uniformado ordenanza les salió al encuentro, preguntándoles qué deseaban con cierta intemperancia al comprobar tanta decisión.

—Es aquí donde entregan los pilotos los partes de vuelo, ¿no es así? —afirmó más que preguntó Lex.

El ordenanza afirmó con la cabeza, señalando una puerta en cuyo transparente se leía: «Jefe del Campo».

—¿Están ahí aún los pilotos del avión que acaba de llegar?

—Sí, señor.

Lex se lanzó hacia la puerta, seguido por *Baby*, sin hacer el menor caso de las protestas del ordenanza y llamó a ella, colándose en el despacho sin esperar respuesta.

Los dos pilotos, vestidos con impecables uniformes blancos, se encontraban allí, charlando con una mujer joven y esbelta, pero cuya poco agraciada fisonomía se acuitaba a medias bajo unas enormes gafas.

Fue ella quien inició una protesta ante aquella irrupción, pero Lex, sin hacerla el menor caso, se enfrentó con los pilotos, mostrándoles una placa plateada que había sacado del bolsillo.

—Quería saber —dijo Lex— si el «Clipper» hace alguna parada en territorio americano antes de llegar aquí.

—Admitimos también pasajeros para Columbia y Baltimore —le confirmó uno de los pilotos.

—¿Saben si alguno de ellos ha abandonado el avión en uno de esos dos lugares?

—No uno, sino varios —repuso el mismo piloto—. Annie, ¿quieres darme la lista de pasajeros que acabo de entregarte? Por ella podemos verlo.

La muchacha le tendió un papel que tomó de la mesa y el piloto preguntó a Lex:

—¿Qué quiere saber concretamente?

—Si un individuo llamado... —se interrumpió un segundo y prosiguió enseguida—: Deme esa lista, por favor.

Había recordado a tiempo que precisamente uno de los detenidos a consecuencia de aquel tráfico clandestino de brillantes había sido el piloto de un avión, que fue muerto a tiros desde un coche a poco de ser detenido seguramente para evitar el que descubriese a la Policía lo que sabía acerca del asunto.

El piloto entregó la lista a Lex con adusto semblante, suponiendo, sin duda alguna, lo que Lex estaba pensando; pero éste no prestó la menor atención a su avinagrado rostro y recorrió la lista de pasajeros que habían tomado el «Clipper» en Casablanca y en Cuba.

Enseguida encontró el nombre de Elwin Odner. Había subido a bordo en Casablanca, ocupando durante todo el trayecto el asiento número 24. Su lugar de destino era Nueva York... ¡pero no había llegado allí!

Era, por tanto, evidente que debía de haber abandonado el avión en Columbia o en Baltimore.

Lex entregó la lista al piloto.

—Este individuo —dijo señalando el nombre en ella— venían a Nueva York, pero, sin embargo, no ha llegado aquí. ¿Saben ustedes dónde se ha quedado?

El piloto encontró la ocasión de vengarse del desaire de Lex y

dijo con ironía:

—Quizá sea el que se arrojó del aparato cuando volábamos sobre Wáshington. Yo lo vi tirarse. De pronto le nacieron unas alitas y planeó suavemente hasta el suelo.

Hizo un ligero movimiento con los brazos. La chica lanzó una corta carcajada, que fue frenada en seco por la mirada glacial de Lex, que replicó al piloto:

—Cuando soñó usted eso estaba borracho, ¿no es así, compañero?

El piloto inició un movimiento ofensivo hacia él. Lex siguió diciendo, en tono duro, como si no lo hubiera advertido:

—Pero ahora está usted sereno, y puede darse perfecta cuenta de que las cosas de la Ley son muy serias y puede llevarse un disgusto por jugar con ellas. ¿Dónde se quedó ese hombre?

El rostro del piloto se ensombreció y no replicó. Fue su compañero quien lo hizo por él.

—No lo sabemos, agente —dijo—. Igual pudo ser en un sitio como en el otro. Quizá la «stewart-girl».

—¿Dónde está? —aulló Lex.

Estaba cansado ya de conversación y de dilaciones y su rostro tenía una expresión casi feroz.

—Acostumbra a cenar en el restaurante del campo a la llegada. Quizá esté aún allí —replicó el piloto rápidamente, impresionado por su tono.

La ágil figura del agente saltó de nuevo hacia la puerta sin molestarse en despedirse. *Baby* le siguió con la misma simpática actitud, y ambos emprendieron un verdadero galope hacia el restaurante del aeropuerto.

Había bastante gente en él. Una música melodiosa, que parecía surgir de todos los lugares, se expandía por el claro salón, mezclada al murmullo de las conversaciones.

Lex buscó con la vista, pero fue *Baby* quien descubrió a la muchacha.

—Mírala, Lex —dijo—. Está allí.

Señalaba con el dedo a una gentil silueta femenina que comía sola en una mesa situada junto a una de las ventanas, a través de la cual se divisaba el soberbio panorama del campo de aterrizaje.

Los dos agentes atravesaron el comedor, sorteando obstáculos

hasta llegar allí. La muchacha levantó los ojos hacia ellos, sorprendida al verlos de pie ante la mesa, y ambos pudieron apreciar que era muy linda. Había dejado el gorrito gris encima de la mesa, y sus cabellos caían sobre los hombros en una rutilante cascada de oro.

—Buen provecho, preciosa —dijo Lex, despojándose del sombrero—. ¿Podemos sentarnos?

Antes de que ella pudiera decir que no arrastró una silla junto a la mesa. La joven, a su vez, se puso en pie, ligeramente indignada ante aquella intrusión.

—Me iba en este momento —dijo—, pero pueden comerse las sobras...

Lex sonrió ante su aplomo.

—Si usted se va, nosotros también —repuso—. Nos convertiremos en sus sombras hasta que hayamos charlado un rato.

La joven les miró de arriba abajo. *Baby* se puso colorado. Lex siguió tan fresco.

—Hablará usted —dijo con un gesto de desdén—, que lo que es yo soy muda.

—Usted también hablará —afirmó Lex—. ¿Conoce esto?

La placa lanzó un reflejo al ser herida por un destello de luz que se quebró en el borde de una coila.

—Del

F. B. I.,

¿eh? —preguntó ella—. Eso cambia la cosa. ¿Vamos?

Se encasquetó el gorrito graciosamente, dejando escapar por debajo de él sus rubios rizos.

Los tres salieron del comedor, la muchacha entre ellos, dirigiéndose a la salida del aeropuerto, formando un grupo atrayente y juvenil, aunque un poco serio.

Lex la invitó a subir al automóvil y ella, totalmente reconciliada, se lo agradeció con una sonrisa.

Mientras conducía con mano diestra le preguntó por Elwin Odner.

La muchacha iba sentada en el asiente posterior con *Baby*, que la miraba encandilado. Lex se daba cuenta de ello por el espejo retrovisor y observó también que tampoco a ella le desagradaba la infantil expresión del rostro de su compañero.

—Oye, *Baby* —dijo, volviéndose ligeramente—. No la mires así o no me va a contestar nunca.

Baby se puso como la grana y miro a Lex con ojos asesinos.

—La he preguntado por Elwin Odner —continuó Lex—. Ocupaba el asiento número veinticuatro en el avión... No llegó a Nueva York, aunque éste era, al parecer, su punto de destino. Necesito saber dónde se quedó...

La muchacha caviló durante unos segundos. Luego repuso con la mayor seguridad:

—En Baltimore. Lo recuerdo perfectamente, porque no hizo la menor reclamación acerca de la diferencia de precio del pasaje... Además me dio una propina espléndida.

—¿Cómo era?

Ella se lo describió de la misma manera que el anónimo que habían recibido poco antes.

—Está bien, preciosa —dijo Lex—. Esto es todo cuanto quería saber. ¿Dónde quiere que la dejemos?

—Aquí mismo —replicó la muchacha—. Puedo tomar el autobús en esta esquina.

Lex echó los frenos, deteniendo el coche junto al bordillo de la acera. *Baby* saltó al suelo y sostuvo la portezuela mientras bajaba la muchacha.

El agente miró con admiración su esbelto talle y su alegre sonrisa. Ella se inclinó hacia la ventanilla, despidiéndose de él. Luego lo hizo también de *Baby*, que sonrió, sonrojado.

—¿Pu... puedo llamarla algún día por teléfono? —Le preguntó.

—Claro que sí —repuso ella, dándole el número.

—No lo olvidaré —aseguró el muchacho—. Ni a usted tampoco...

—Pues ya que tienes tan buena memoria, acuérdate de que nos espera trabajo en firme —le recordó Lex—. Que usted siga bien, odalisca.

Baby se dejó caer a su lado, enojado. La muchacha le lanzó una mirada furiosa y se alejó taconeando con garbo, sin volver la cabeza hacia atrás, con gran desesperación de *Baby*, que no la perdía de vista.

Pocos minutos más tarde llegaban a la Jefatura, donde Bradberry les esperaba impaciente. Lex le dio cuenta de lo sucedido.

Con gran sorpresa por su parte, el inspector no fue presa de un ataque de apoplejía, sino que se frotó las manos satisfecho.

—Esto marcha, Lex —dijo—. Ahora sí que creo que estamos sobre la verdadera pista. Esa mujer trabaja para nosotros. Quizá pertenezca a la cuadrilla y quiera acumular tantos en su favor viendo que el buque se hunde.

Expidió un telegrama al jefe de Policía de Baltimore. Era bastante largo y contenía la descripción de Odner, encareciéndole que averiguase si continuaba en la ciudad y la mayor rapidez en la contestación.

Luego se marcharon a cenar a un restaurante cercano, adonde Gino, el italiano, preparaba unos succulentos macarrones a la italiana que gozaban del favor del inspector.

Apenas habían terminado de cenar cuando se recibió la contestación al telegrama. *Baby* les avisó por teléfono al restaurante y ambos se presentaron en la Jefatura a los pocos minutos.

No cabía la menor duda de que la Policía de Baltimore había trabajado bien y deprisa, aunque bien es verdad que no habían tenido dificultades.

Odner había llegado a Baltimore a las cuatro y media de la tarde. El ómnibus del aeropuerto le había dejado en el Hotel Baltimore, pero ya no estaba allí, pues apenas llegó al hotel pidió una guía de ferrocarriles y ordenó que le sacasen billetes para el tren que llegaba a Nueva York a la una de la madrugada.

Este tren iba directamente de Baltimore a Nueva York, pasando por Filadelfia, pero aquí había una derivación hacia Harrisburgo, por donde dos horas después pasaba otro tren que iba también a Nueva York, adonde llegaba a las dos y media de la madrugada.

Aquello significaba que Odner podía seguir directamente a Nueva York o apearse en Filadelfia, marchar a Harrisburgo y allí tomar el segundo tren para Nueva York.

Bradberry formó su plan en pocos minutos. Era muy difícil vigilar a Odner esperando su llegada en la estación de Pensilvania, debido a la gran afluencia de público que siempre había en ella, de forma que lo más sensato era destacar varios agentes que explorasen ambos trenes con toda la tranquilidad.

La última parada que hacía el tren procedente de Baltimore, vía Filadelfia, era en Trenton, en tanto que el que llegaba por

Harrisburgo se detenía por última vez en Allentow.

Cinco minutos después dos potentes y veloces coches del F. B. I.

volaban hacia estos dos puntos. Uno de ellos iba ocupado por Lex y *Baby* y el otro, que se dirigía a Allentow, por otros dos agentes de la organización, llevando en los bolsillos la descripción que poseían de Odner.

Ambos alcanzaron los respectivos trenes en las últimas paradas. Lex y *Baby* recorrieron el tren varias veces antes de llegar a Nueva York, primero juntos, luego separados y juntos otra vez, explorando vagón por vagón con la mayor minuciosidad, pero el único sujeto que viajaba en él que podía confundirse con el hombre que buscaban era un comunicativo viajante de comercio que explicó a *Baby* sus vidas y milagros cuando éste le tiró de la lengua, fingiéndose un viajero más, hasta que el agente se cansó de escucharle.

Pidiendo al Cielo que los otros agentes hubieran tenido más suerte que ellos, llegaron a Nueva York y se dirigieron inmediatamente al despacho de Bradberry, adonde éste les esperaba impaciente.

Lex le dio cuenta del resultado negativo de sus pesquisas y el ceño de Bradberry se frunció ligeramente. Sin embargo, había que esperar el informe de los agentes que estaban explorando el tren de Harrisburgo.

Aún tuvieron que esperar un buen rato en el despacho de Bradberry antes de que sonase el teléfono y uno de los agentes comenzase a transmitirle su informe.

—Hemos localizado a ese tipo, inspector —decía la voz excitada del agente—. Nos hemos enterado de que subió al tren en Harrisburgo. Lleva el brazo izquierdo escayolado. Al parecer sufrió una caída en el tren. Ha tomado un «taxi» dando las señas del Hotel Saratoga. Lardy le sigue mientras yo le telefono a usted para que nos dé instrucciones...

—Está bien, Bradford —repuso el inspector con la alegría pintada en el semblante—. Conque va escayolado ¿eh?... bueno... Váyase usted a dormir... Nosotros nos encargaremos del resto... Sí... sí... Esperaremos que llame Lardy.

Colgó el auricular, informando a Lex y a *Baby* de lo que

Bradford le había comunicado.

«¿Por qué se habrá bajado del avión en Baltimore?», se preguntó luego.

Era la pregunta que se había estado haciendo durante las tres horas que estuvo solo en su despacho. Se le ocurrían varias respuestas para ella, pero, sin saber por qué, ninguna de ellas le parecía la verdadera. Tenía la sospecha de que aquel Odner les iba a conducir a la cabeza de la organización y no estaba dispuesto a dejarle escapar. Lo vigilaría bien, intervendría sus conversaciones telefónicas, le pondría tal cerco de agentes que ni una hormiga podría acercarse a él sin que fuese notada su presencia.

Lardy telefoneó media hora después diciendo que Odner se había inscrito en el Hotel Saratoga, establecido en la parte alta de Brooklyn, y que le habían asignado la habitación número 326.

—Espere ahí a que lleguemos nosotros.

El tránsito por las calles fue fácil a aquella hora de la madrugada, y diez minutos después el coche del F. B. I.

se detenía dos manzanas antes de llegar al hotel, saltando de él el inspector. Lex y *Baby* se quedaron en el coche, obedeciendo las órdenes de Bradberry.

Éste se encaminó al hotel, entrevistándose con Lardy y el gerente, y pocos minutos después volvió al coche.

—Lex —ordenó—. Apéate y vete al hotel. Serás su huésped y ocuparás la habitación trescientos veintiocho, contigua a la de Odner. Mañana recibirás el equipaje. Inscríbete con el primer nombre que se te ocurra y ya sabes cuál es tu misión. En cuanto a ti —continuó, dirigiéndose a *Baby*—, sí... creo que harás un excelente camarero. Te pondrán de servicio en el piso de Odner. Mañana, en cuanto tengas ocasión, hazle una fotografía sin que se entere. En Identificación te darán una máquina a propósito. ¡Hala!... A trabajar, muchachos.

—¿Qué va a hacer Lardy?

—Desde este momento está empleado en la centralilla del hotel —repuso Bradberry—. Tengo una gran facilidad para encontrar colocaciones a la gente.

Lex y *Baby* se dirigieron al hotel. Éste iba lleno de orgullo al ver cómo el inspector confiaba en él para la delicada misión de sacar

una fotografía de aquel Odner de los diablos.

V

LEX TIENE UN PLAN



L cerco alrededor de Odner quedó completado a la mañana siguiente, cuando Bradford se incorporó a sus otros compañeros. Su misión era seguir a Odner, fuera donde fuese, como una sombra, sin dejarle ni un momento.

Al día siguiente, Odner no salió del hotel ni llamó por teléfono a nadie. *Baby* observó que parecía inquieto. Como figuraba que era camarero del piso podía entrar en la habitación ocupada por Lex sin despertar sospechas, y así pudo informarle de que Odner, siempre que llamaba al camarero, entreabría la puerta con la mayor precaución para cerciorarse de que era él. Siempre tenía la puerta cerrada con llave, y *Baby* había notado que usaba armas de fuego.

Lex comunicó estas noticias al inspector, que dirigía la operación del cerco montado discretamente alrededor de Odner.

Éste comía y cenaba en su habitación, y, durante dos días que estuvo sin salir de ella, *Baby* fue el único que pudo verle la cara personalmente, ya que consiguió sacar varias fotografías de su rostro, mediante una máquina microscópica, fotografías que, suficientemente ampliadas en los laboratorios del

F. B. I.,

permitieron que todos los agentes interesados en el asunto conociesen la cara del vigilado.

Al tercer día Odner se atrevió a bajar al comedor. Lex le reconoció inmediatamente y se quedó asombrado al comprobar que ya no llevaba puesta la escayola. En cuanto acabó de comer llamó a *Baby*, y minutos después le informaba éste de que un médico llamado por Odner telefónicamente poco antes se la había quitado.

Lex le dio orden de localizar la escayola y apoderarse de ella. Tenía la sospecha de que aquél había sido el artilugio de que Odner se había valido para llevar los brillantes de Baltimore a Nueva York. Luego telefoneó a Bradberry desde su habitación y, como consecuencia de su aviso, el médico que había quitado la escayola a Odner recibió la visita personal del inspector, a quien manifestó que no había observado nada anormal al quitarla.

Sin embargo, Bradberry envió a recogerla al hotel y fue examinada escrupulosamente por los peritos del Departamento, los cuales encontraron en el molde de escayola señales evidentes de haber sido destrozada por varios sitios, en los cuales quedaban aún unas marcas muy raras, especie de lechos constituidos por cuerpos extraños incrustados en la escayola.

Encontraron hasta veintidós de estos huecos, de diferentes tamaños, lo cual dio a Bradberry una idea acerca del valor de los brillantes transportados por Odner, que era de unos

300 000

dólares, según les había informado su misterioso comunicante.

Una pregunta surgió entonces en el ágil cerebro del inspector: «¿Quién había puesto los diamantes entre la escayola? ¿Acaso el médico que la colocó en Harrisburgo?».

Como consecuencia de estas dos preguntas un telegrama urgente fue despachado a la Policía de esta ciudad. La respuesta llegó pocas

horas después. El médico que había escayolado a Odner era un hermano suyo, Timoteo Odner, que ejercía en dicha ciudad.

Bradberry lanzó un silbido de sorpresa y alegría, pero aún quedaba mucho camino por andar, y muchos sinsabores que sufrir antes de llegar a la cabeza de la organización.

Por lo pronto, Odner siguió sin salir del hotel, dando cada vez mayores muestras de nerviosismo, sin que nadie se presentase a recoger los brillantes que llevaba. Bradberry estaba bien seguro de ello, fiado de la habilidad de los hombres que le vigilaban.

Al sexto día, en vista de que las cosas seguían igual y Odner no hacía ningún movimiento alentador, Bradberry se decidió a detenerle al fin, preocupado por la suerte que pudieran correr los brillantes.

La detención de Odner, se llevó a cabo en el mayor secreto. Lex y *Baby*, fueron los encargados de efectuarla.

A eso de las once, Odner llamó al camarero para pedirle una botella de «*whisky*». *Baby* bajó a buscarla y avisó a Lex que se despojó de su falsa personalidad.

Baby llegó ante la puerta de la habitación de Odner con la botella en una bandeja y llamó a ella con los nudillos.

Lex permaneció ligeramente apartado, aplastado contra la pared. Cuando Odner abrió la puerta, se quedó sorprendido al ver que detrás de *Baby* entraba otro hombre cuyo rostro no era nada agradable de ver.

—Oiga —empezó a decir.

Lex le empujó hacia atrás, bruscamente, mientras *Baby*, dejando la botella sobre el radiador de la calefacción, cerraba la puerta tras él.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Odner, palideciendo visiblemente—. Me quejaré a...

—El jefe escuchará todas sus quejas —replicó Lex—. Quiere verle... Usted sabe ya para, qué, de modo que no se haga el ignorante.

Odner palideció. Lex no supo hasta más tarde que había equivocado el significado de sus palabras. Nunca creyó que aquellos dos hombres pertenecían al

F. B. I.

Se echó rápidamente hacia atrás, disponiéndose a la acción. Su

mano derecha se hundió en las profundidades del bolsillo del pantalón, pero Lex observó su movimiento.

Sus dedos de acero se clavaron en el brazo de Odner, a la vez que le advertía con frías palabras:

—Yo no lo haría, Odner.

Éste desoyó su advertencia y forcejeó con él, pero al fin fue reducido a la impotencia, mediante el expeditivo procedimiento de enviarle a la región de los sueños con un soberbio «upercutt» a la mandíbula, que *Baby* no pudo por menos de admirar.



Pero al fin fué reducido a la obediencia

—Era uno de los que mejor pegaban en Quantico —explicó Lex, modestamente, mientras, ayudado por Jerry, trasladaba a un sofá el inanimado cuerpo de Odner—. ¡Dios! Cómo pesa este tío. Parece que tiene las tripas de plomo.

Una copa de agua fría, arrojada bruscamente contra la cara,

volvió al desmayado a la realidad. Sus ojos se entreabrieron y pareció tardar un rato en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Luego posó su voluminosa humanidad en el borde de la cama y se mesó los cabellos.

—Póngase la chaqueta, hermano —gruñó, Lex—. Vamos a dar una vuelta. Le conviene hacer ejercicio. Tiene usted más grasa que un tonel de tocino.

Odner le miró sin ninguna simpatía, con un gesto duro debajo de sus negras y pobladas cejas.

—¿Adónde vamos a ir? —preguntó.

Lex no hizo ningún caso de su fiera mirada.

—Ya le he dicho que a ver al jefe. Tiene usted que explicarle varias cosas. Por ejemplo: ¿por qué se bajó del avión en Baltimore cuando venía usted aquí derecho, y cómo es que se le ha curado el brazo de repente?

Odner palideció. Por segunda vez las palabras de Lex le indujeron a confusión. Un terror pánico se apoderó de él. Creía que iban a conducirlo a presencia del jefe de la cuadrilla y sabía lo que aquello significaría para él.

Intentó resistir débilmente.

—No sé de qué me está hablando... —dijo.

—No se haga el tonto, diplodocus —le interrumpió Lex—. Me refiero a brillantes... brillantes, ¿entiende? Por cierto, ¿dónde están?

Odner intentó un recurso, desesperado.

—Oye —le dijo pasando su lengua por los labios, reseco por el miedo—: podemos repartir entre los tres, ¿qué os parece? Hay dinero bastante...; os lo daría todo inclusive... pero no me saquéis de aquí. No quiero ir...

Lex lanzó un silbido de asombro.

—¿Oyes, *Baby*? —dijo—. Nos ha tomado por miembros de la banda... Bueno, amigo —dijo al asombrado Odner—, pues se ha equivocado de árbol. Somos agentes del

F. B. I.

Quizá conozca usted estas tres letras.

—¿Del

F. B. I.?

—preguntó Odner. Luego se echó a reír, evidentemente aliviado.

Lex adivinó el motivo. Era preferible caer en manos de la Justicia que en las de los «gángster» traicionados. De aquéllas puede escaparse relativamente bien librado, con la ayuda de un buen abogado, pero no hay picapleitos que le libre a uno de la Inevitable, cuando ésta ha de llegar por medio de un «gángster» acostumbrado al manejo del cuchillo o de las armas de fuego.

—¿Viene usted, o tendremos que usar métodos especiales? —preguntó Lex con sorna.

—No hace falta —aseguró el otro—. Iré por mi voluntad.

Mientras se ponía la americana, Lex le preguntó de nuevo.

—¿Dónde están los brillantes?

Odner le miró, sonriendo burlonamente:

—Búsquelos, polizonte. Así se ganará el sueldo que le dan.

—Se cree listo, ¿eh? —replicó Lex—. ¡Dios!... Pero si es usted más animal que una mula de Tejas. Llevamos seis días vigilándole y no se ha dado cuenta aún. Los diamantes están aquí; lo sabemos de sobra. ¿Quiere colaborar o no? Siempre será mejor para usted.

Odner se dio cuenta de que tenía razón, y le dijo dónde estaban los diamantes.

Había desarmado la cama de la habitación, que era de tubo cromado, y los había metido dentro de éste, de forma que les llevó un buen rato el sacarlos. Lex no pudo por menos de reconocer su ingenio.

—¿Cómo los pasó por la Aduana? —le preguntó.

—Traía una caja de bombones. Era un regalo de unos parientes que tengo en Europa —repuso Odner con la mayor frescura—. Bueno, pues dentro de cada bombón venía un diamante.

Los tres hombres salieron. A pesar de las buenas palabras de Odner, Lex le tomó por un brazo, y *Baby* por otro, y de esta forma bajaron al garaje del hotel por la escalera de servicio, de forma que nadie se apercibió de la detención de Odner.

Una vez que estuvieron los tres en el automóvil, de apariencia particular, que les esperaba en el garaje, Lex corrió las cortinas y ordenó al conductor dirigirse a Center Street.

Subieron los tres al despacho de Bradberry, donde Odner cantó de plano.

La historia era bien sencilla. Había ido a pasar sus vacaciones a Europa, y desde París pasó a Casablanca, donde un individuo le

hizo la curiosa oferta de llevar una caja de bombones a una conocida suya, residente en Nueva York. El tal individuo se presentó a él con una tarjeta de una señora conocida de Odner residente en Casablanca, y éste no pudo negarse, conque se hizo cargo de la caja.

Al retirarse al hotel, la caja se le cayó en un charco de agua sucia, quedando hecha una lástima. Él envió a buscar una nueva para meter los bombones en ella; pero al hacerlo, notó que dos o tres bombones se habían roto, y de su interior partían unos brillantes destellos, que formaban numerosos cambiantes a la luz de la lámpara.

Lleno de curiosidad los abrió, encontrándose en el interior de cada uno un brillante, envuelto por una capa de chocolate y papel de estaño de varios colores.

Sopesando los bombones, llegó a la conclusión de que iba un diamante en cada uno de ellos, y entonces recordó haber leído algo acerca del contrabando que se estaba haciendo, valiéndose de personas inocentes.

—Decidí darles esquinazo —continuó diciendo—. Coloqué los bombones en la nueva caja y tomé el avión; pero me apeé de él en Baltimore, por un exceso de prudencia...

—Que le ha librado a usted de morir —afirmó Bradberry—. Si hubiera llegado a Nueva York, le hubieran seguido y se lo habrían cargado sin el menor remordimiento al ver que se alojaba en un hotel distinto de las señas que usted le dio al hombre de Casablanca. Continúe.

—Queda poco que contar. Fui en tren hasta Filadelfia, y de allí me dirigí a Harrisburgo, donde ejerce un hermano mío, que me escayoló el brazo. En un descuido de él metí las piedras en...

—No se moleste, Odner —afirmó Bradberry—. Eso le honra; pero su hermano admitió su culpabilidad. No obstante, nos mostraremos benévolos con usted y con él si accede a colaborar con nosotros.

—¿En qué forma? —preguntó ansiosamente Odner. Se veía que estaba dispuesto a prestar toda la ayuda que estuviera en su mano.

—¡Maldito si lo sé! —explotó el inspector—. ¿Qué quieres, Lex? —preguntó, al ver que éste le hacía una seña.

El cerebro del agente estaba trabajando a presión, dándole

vueltas y más vueltas al asunto en cuanto se percató de que Odner era, como las anteriores, una víctima inocente de aquellos temerarios contrabandistas. Sin embargo, el hombre había demostrado cierta dosis de valor al intentar darles esquinazo, y algo en su interior le decía que debía de haber algún medio de aprovechar lo hecho por Odner.

Al fin lo encontró, y la revelación le produjo dolor de cabeza. ¡Vaya triunfo si conseguía convencer al inspector Bradberry que debía de ser llevado a la práctica el plan que tomaba cuerpo por segundos en su cerebro!

Bradberry se acercó a él, seguido por la mirada ansiosa de Odner. Durante varios minutos Lex y el inspector cambiaron impresiones. El inspector movió la cabeza en furiosa negativa al principio; pero Lex siguió hablando con vehemencia, y al fin Bradberry debió convencerse, porque pegó un bufido y exclamó:

—Bueno. Haz lo que quieras; pero no olvides que pongo en tus manos mi porvenir.

Lex sonrió. Se iba a jugar el todo por el todo, porque estaba seguro de acertar. Una corazonada se lo estaba diciendo.

Odner abrió una boca de a palmo cuando le oyó decir:

—Bueno, Odner. De momento, no hay nada contra usted. Nos hemos convencido de que usted no tiene arte ni parte en este negocio, y que lo único que pretendía era devolverle la pelota a los que le engañaron, ¿no es así?

El otro afirmó rápidamente, tragando saliva.

—Por tanto, puede usted marcharse tranquilamente. Le agradecemos que se preste a colaborar con nosotros, y si le necesitamos para algo, ya le llamaremos.

—¿Quiere decir... que estoy en libertad?...

—Eso mismo —replicó Lex, sacudiéndole una imaginaria mota de la solapa, cuando Odner se levantó con evidentes muestras de alegría—. Pero voy a decirle una cosa: no salga de Nueva York por si le necesitamos, y díganos dónde va a alojarse.

Odner dio un nombre.

—Es una pensión de la calle Ochenta —dijo—. He vivido siempre allí, y son las señas que di a aquel tipo. ¿No podrían recoger allí mi equipaje y llevarlo al sitio donde voy a ir? Yo no me atrevo a asomarme por allí. Seguramente estará vigilado y...

—No se preocupe por eso. Escriba una tarjeta a su patrona para que le entregue el equipaje a uno de mis hombres —dijo Bradberry—. Luego, cuando haya encontrado alojamiento, llámeme por teléfono, y se lo mandaré allí.

—Es usted muy amable —repuso Odner, escribiendo la tarjeta, y Bradley sonrió a Lex por encima de la espalda del sujeto.

—Jerry —dijo Lex—, ahora es cuando vamos a trabajar en gordo. Por lo pronto, pégate a Odner como si fueras su hermano siamés, ¿entiendes? Y en cuanto se haya alojado donde sea, nos lo dices por teléfono. Andando.

—Pero —gimió *Baby*—, yo estoy citado con Eddy.

—¿Quién es Eddy? —preguntó Lex—. ¡Ah, ya!... Amor por las nubes, ¿eh? Pues lo siento, chico. Declárate a Odner, si te da lo mismo.

Baby abandonó el despacho, seguido por la estruendosa carcajada de sus compañeros. Sobre la mesa del despacho, los brillantes lanzaban sus destellos al ser heridos por la luz.

Aquel tráfico iba a ser mortal para muchos hombres, porque la Ley, resistiéndose a ser burlada, acababa de poner en marcha su seguro y preciso mecanismo para acabar con él.

Habían transcurrido pocos minutos, cuando *Baby* telefoneó desde el hotel a dónde Odner se había dirigido, que era, precisamente, el Saratoga, de donde acababan de sacarle. Bradberry y Lex se alegraron de ello, porque facilitaba su labor.

Lex comenzó a desarrollar su plan a la mañana siguiente, y el primer paso fue enviar al gerente del hotel a entrevistarse con Odner en la habitación de éste.

—Perdone, señor —dijo aquél con untuosa voz—. Tenemos que cambiarle de habitación. Espero que nos perdonará...

—¿Qué ocurre? —preguntó Odner, extrañado.

Una de las chimeneas está atascada. Hay que picar la pared de esta habitación para llegar a ella y...

Odner se conformó cuando el gerente le dijo que le destinarían otra habitación en la cual sólo tendría que compartir el cuarto de aseo con el huésped de la habitación vecina, y ello sin el menor aumento de precio.

Además, la nueva habitación estaba mejor situada que la suya.

—Será sólo por un par de días —le informó el gerente.

La puerta del cuarto de baño que daba a la habitación vecina no tenía cerrojo por aquel lado; pero el gerente le informó que aquella habitación, separada de la suya sólo por el cuarto de aseo, estaba desocupada, por lo cual éste sólo sería utilizado por él. No obstante, le prometió poner un cerrojo al día siguiente.

Odner se instaló en su nueva habitación. Estaba del mejor humor del mundo. Ciertamente que había perdido los brillantes, no todos, claro, porque había podido salvar dos o tres de buen tamaño; pero el solo pensamiento de que podía haber caído en manos de los hombres a quienes había burlado le ponía carne de gallina, y se daba más que satisfecho porque todo se hubiera resuelto tan satisfactoriamente. En cuanto creyese que estaba despejado el panorama, saldría de estampida de Nueva York y no volvería a ella hasta que considerase pasado todo el peligro.

Por la tarde, envió a un «botones» a buscar el periódico. El muchacho tardó un buen rato en regresar, diciéndole que no había podido encontrar ninguno.

Aquello extrañó a Odner sobre manera, pues los periódicos no suelen agotarse tan pronto; pero como el «botones» le llevaba otro que, según dijo, le había entregado un huésped del hotel, en vista de que no había conseguido encontrar ninguno, se guardó los diez centavos que había dado al «botones», y se enfrascó en la lectura.

En la sección de sucesos locales alguien había recortado una de las noticias, que por la otra hoja coincidía con algún anuncio, de forma que Odner no tuvo la menor duda de que había sido el anterior propietario del periódico quien había recortado los anuncios, llevándose de paso la noticia que figuraba en el otro lado.



COLECCIONAD

JEQUE BLANCO

¡Otra serie de cuadernos de magníficos dibujos
y de argumentos emocionantes!

VI

PASIÓN



ONCEO Scully se encontraba de un humor de mil diablos. Su voluminosa y atlética humanidad estaba hundida en un bajo y comodísimo sillón, tapizado de terciopelo rojo, que armonizaba perfectamente con el resto de la habitación, decorada con cierto buen gusto. Estaba nervioso y trataba de dominar sus nervios fumando cigarrillo tras cigarrillo, que aplastaba contra el cenicero apenas arrancaba de ellos unas cuantas volutas de humo. La parte mejicana de la sangre que corría por sus venas, que era la predominante, le convertía en

sus momentos de furia en una especie de toro, que sólo veía delante de sus ojos el rojo trapo, hacia el cual se lanzaba iracundo, peligroso, con una arrancada mortal.

Sin embargo, la mujer que estaba ante él no parecía tener el menor temor al estado de excitación en que se encontraba el hombre, pues cómodamente sentada en otro sillón, frente a él, dirigía a Poncho algunas miradas en que un observador profundo o dotado de cierta malicia habría creído observar una chispita de burla o ironía.

—Cálmate, Poncho —dijo con voz melodiosa—. No vas a adelantar nada con ponerte así.

—¿Qué va a decir el jefe? —exclamó él.

—No puede decir nada. Ese individuo fue listo y no llegó a Nueva York. Debe de haberse escondido muy bien para que tú no hayas logrado encontrarle.

—Si lo tuviera delante, lo «sonaba»[1] ahora mismo —rugió él bestialmente. Sus ojos se humanizaron un poco al posarse en ella, desapareciendo de ellos el ansia de sangre que le consumía.

—¿Cómo hiciste con el otro? —preguntó ella con indiferencia.

—¿A quién? ¿A Leiser Hancock? —preguntó el salvaje individuo. Lanzó una risotada—, Leiser sabía luchar, al menos —agregó—. A éste me costaría menos trabajo.

Mirando las espirales del humo, no se percató de la mueca que por una décima de segundo contrajo el rostro de la mujer. Era una mezcla de horror, de piedad...

—Eres valiente, Poncho —musitó con voz sin expresión.

Éste se acercó a ella, acariciando sus hombros.

—Y lo seré mientras tus ojos me sigan mirando, Ruth —dijo con apasionamiento.

Hundió sus labios en el cabello de la mujer. Ella no opuso la menor resistencia; pero ahora que Ponchó no podía verlo, sus finas facciones tomaron la dureza del granito.

Se levantó con cierta brusquedad, incapaz de soportar por más tiempo el chaparrón de besos que el forajido depositaba sobre su pelo castaño.

Éste la miró sorprendido, y entonces ella sonrió levemente, haciendo un mohín de enfado.

—Tengo que salir a cantar dentro de unos minutos —dijo—.

¿Quieres estropearme el peinado?

Era hermosa, altiva y elegante. De poca estatura, menos que Poncho, el vestido de noche se ajustaba a las suaves curvas de su cuerpo, pareciendo modelarla en satén negro. Una rosa roja en el pecho, y sus labios, bien dibujados, eran las únicas notas de color en aquella exquisita maravilla de línea, si se exceptúa la blanca piel de sus hombros, sobre los que caía la cascada rutilante de su pelo castaño.

Sus ojos eran color avellana, y tan pronto se mostraban profundos y enigmáticos, como cariñosos y reidores, llevando los celos, la inquietud y el ansia al corazón del bruto que tenía delante.

—¿Cuándo cantarás para mí solo, Ruth? —preguntó Poncho, con voz ronca, acercándose a ella.

Ruth se dejó coger una mano, que él se llevó a los labios, besándole la palma, apasionado.

—Cuando termines con esto, Poncho —repuso ella—. Me da miedo que te expongas tanto...

—Eres adorable —musitó él, halagado por su interés.

Intentó abrazarla, pero ella se zafó de sus brazos con un felino movimiento. Poncho sintió que la sangre le hervía, pero le era imposible enfadarse con aquella mujer, que le dominaba.

—El vestido, Poncho —dijo con voz ligeramente burlona—. Recuerda que he de salir a cantar.

Poncho encendió un nuevo cigarrillo.

—Ruth —dijo, al cabo de unos segundos—. En cuanto encuentre a ese «gringo» y consiga mi parte en el negocio, nos largaremos de Nueva York.

—¿Adónde me vas a llevar?

—A Cuba, a Méjico, donde tú quieras...

—¿Casados? —preguntó ella.

—Casados —aseguró Poncho.

—Así me gusta oírte —le aseguró Ruth, acercándose a él y hundiendo en los suyos sus ojos velados por largas pestañas—. Ya sabes lo que te dije el primer día que nos conocimos... No sacarás nada de mí antes de que nos casemos —se apartó ligeramente de él y se volvió de espaldas para continuar con cierto dejo de pena en la voz—. Los hombres os creéis que todo está andado porque una canta en un club de noche...

Poncho se le acercó de nuevo.

—Yo te respetaré siempre, Ruth —dijo con pasión. Ella sintió en su rostro la bofetada del alcohol, pero procuró disimular su repugnancia. Las manos del hombre se aferraron de nuevo a sus hombros.

Ella volvió la cabeza.

—¿Estás seguro? —preguntó con voz glacial, que obligó a Poncho a retirar las manos.

La parte de bestia que había en él dominaba a la parte noble de su cerebro. Y es más fácil jugar con una bestia que con un hombre inteligente, aunque parezca mentira. Claro que hasta cierto punto. Ruth sabía muy bien hasta dónde podía llegar con Poncho. Se conocían desde hacía dos meses, y en este corto espacio de tiempo había sabido hacerse la dueña de su corazón y de su voluntad, animándole y descorazonándole alternativamente, de forma que el fornido rufián casi no sabía aún a qué carta quedarse con respecto a los sentimientos de la muchacha hacia él.

—Hoy hace dos meses que nos conocimos, Poncho, ¿te acuerdas?

—¿Cómo voy a olvidarlo? —preguntó él.

Unos discretos golpes dados en la puerta del camerino interrumpieron otra escena de apasionado amor por parte de Poncho.

—He de irme —dijo ella—. Es mi número.

Salió del camerino, con andares de reina. En la puerta se volvió para mirar al encandilado Poncho Scully, lanzándole un beso con la mano... ¡con la mano! ¡Tanto como daría él por que fuera de otra forma!

Mientras ella cantaba en el salón, Poncho se retrepó de nuevo en el sillón, rememorando el día que conoció a Ruth Somerset, al compás de la suave canción de amor que ésta cantaba y que llegaba hasta él casi inaudible, tamizada, pulverizada por las paredes que les separaban.

El primer encuentro con ella había tenido lugar diez o doce días después de haber matado a Leiser Hancock. Lo recordaba muy bien. Era una noche en que él iba solo por el Prospect Park, de Brooklyn, entregado a uno de aquellos frecuentes accesos de furia que se apoderaban de él desde que empezó a fumar marihuana.

Cerca de la puerta de la Ocean Avenida, un grito de mujer llegó a sus oídos. Corrió hacia allí, y a la escasa luz de los faroles del parque, tamizada por el ramaje, distinguió una silueta femenina luchando con un hombre.

Poncho era una mezcla de Don Juan y de Don Quijote. El influjo de éste le hizo correr en auxilio de la mujer, y el influjo de aquél en pensar en conquistarla, apenas el hombre que luchaba con ella se dio a la fuga.

El Don Juan que iba dentro de él no le dejó ver claro que aquella lucha era una comedia, y cuando unos ojos grandes, rasgados, llenos de vida y de gratitud, le miraron con intensidad, pensó que iba a marearse.

La acompañó a su casa y le pidió que saliera con él al día siguiente. Ella aceptó, encantada. «Claro —había pensado Poncho—. ¿Cómo no iba a ser así?». Con su tipo y su rostro se creía irresistible, y el sometimiento de la mujer le demostró que no estaba equivocado.

A partir de entonces, Ruth Somerset se fue metiendo en su corazón y en sus sentidos de tal manera que no podía vivir sin ella. Le tenía loco, ésa era la palabra. Era más deseable para él que la marihuana, y por un beso suyo hubiera dado todo el dinero que le había correspondido en aquel productivo negocio de los brillantes.

En cuanto tuviese amasado un buen capital, se retiraría de aquel negocio. En realidad, lo habría hecho ya si no hubiera sido por aquel maldito Odner, que hacía ocho días les había dado esquinazo, sin que hasta la fecha hubieran podido localizarle.

Meyers les había cableografiado desde Casablanca, notificándoles el día en que llegaría Odner a Nueva York, y las señas de la pensión donde iba a alojarse, para que fueran a recoger la mercancía; pero Odner no sólo no había llegado en el avión, sino que ni siquiera había aparecido por la pensión.

Al fin tuvieron que resignarse a la pérdida de 300 000 dólares en brillantes, lo cual significaba para él la volatilización de más de 5000.

El jefe era generoso. Cuando Poncho se percató de que Ruth Somerset, aquella mujer que ya lo era todo para él, poseía una hermosa voz y excepcionales cualidades para el canto, fue él quién

se brindó para, tras un corto período de enseñanzas, patrocinar con su dinero y su influencia la presentación de la muchacha en un club nocturno.

Aquéel era el motivo de su estancia en aquel camerino, perteneciente al Cisne Negro, uno de los más elegantes «nigth club» de la calle Doce, donde tanto abundan los establecimientos de este tipo.

La nueva ocupación de Ruth permitió a Poncho estar más tiempo junto a ella, pero también anegaba de cuando en cuando en la mayor amargura su salvaje corazón de hombre primitivo.

Corroído por los celos, se percató de que la belleza de Ruth levantaba una tempestad de admirativos rumores entre sus amigos y los asistentes al Club.

Últimamente el propio «boss» la visitaba, también con demasiada frecuencia, para el gusto de Poncho Scully. Éste poseía un salvaje instinto, recubierto por un ligero barniz de civilización, que le hacía mirar con desconfianza aquellas visitas que Geo Threadgill hacía a su amada.

Éste era uno de los motivos que le hacían desear el poder largarse cuanto antes de Nueva York. Preveía que no podía luchar contra Geo Threadgill, porque éste le aventajaba en astucia e inteligencia, ya que no en valor.

El eco apagado de una salva de aplausos que resonó en la sala le hizo volver de sus meditaciones y se preparó para salir al encuentro de Ruth.

Ésta llegó enseguida, arrebolada por el calor del triunfo. Detrás de ella, cinco o seis hombres, elegantemente vestidos, pretendían acaparar su atención, sin conseguir más que alguna mirada de Ruth, acompañada de una sonrisa.

Apenas entró en el camerino, Poncho cerró la puerta tras ella, dejando a sus admiradores en el pasillo, protestando ruidosamente.

—Me molesta esa gente, Ruth —dijo, volviéndose hacia ella.

—Son parte del público —repuso ésta, sonriendo, evidentemente satisfecha—. Pagan para verme.

—Pero no tienen ningún derecho a seguirte hasta aquí —cortó él, celoso—. Cualquier día les voy a...

El timbre del teléfono le privó de decir lo que les iba a hacer. Ruth tomó el auricular y escuchó.

—Es para ti, Poncho —dijo, tendiéndole el auricular—. Es el jefe...

—¿Qué quiere ahora ese...?

—¿Por qué no se lo preguntas?...

Poncho tomó el auricular con furia mal disimulada. Ruth se encaminó con indiferencia a la estancia inmediata, donde estaba el tocador, y comenzó a quitarse el traje de noche, aunque a través de una rendija de la cortina, observaba el rostro de Poncho.

Éste había palidecido intensamente y sus dedos se cerraban con crispado esfuerzo sobre el auricular, mientras replicaba con monosílabos a lo que le decían desde el otro lado del hilo.

—Está bien —murmuró, al fin, con voz ronca.

Dejó el auricular, pero aún siguió unos segundos con la mano puesta encima de él, mirando a un punto indeterminado del espacio con una expresión brutal en el rostro. Era evidente que no le había agradado lo que había tenido que escuchar.

Ruth se dio un toque en los labios, y salió vestida ya con un traje de calle, que le sentaba a la perfección.

—¿Qué quería? —le preguntó.

—Han encontrado a ese tal Odner —fue la respuesta.

Ruth lanzó un grito de sorpresa.

—¿Dónde? —preguntó.

—No me lo ha dicho. Me ha aconsejado que lea la sección de sucesos locales de cualquier periódico de esta tarde y que actúe en consecuencia... ¡Maldita sea!... Creo que se estaba burlando de mí.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que matar a ese hombre. Yo era el encargado de buscarle, y como no he dado con él, he quedado en ridículo... ¡Como si encontrar a un hombre en Nueva York fuera tan sencillo!...

Ruth le miró aterrada.

—¿Cómo puedes hablar con esa tranquilidad de matar a un hombre? —le preguntó, acercándose a él, suplicante—. No lo hagas, Poncho, por favor... —Y como viera la sospecha retratada en sus ojos, prosiguió—: Temo por ti.

La dureza desapareció de los ojos de Poncho, siendo sustituida por una expresión parecida a la ternura.

—No temas, nena —repuso, intentando atraerla hacia sí—. No

me ocurrirá nada... ¿De veras temes por mí?

—Bien sabes que sí.

El corazón del rufián saltó de gozo. Era la primera vez que Ruth le daba a entender con sus palabras que significaba algo para ella.

—No me ocurrirá nada —repuso—. Prepara tu equipaje esta noche. Mañana nos casaremos y nos iremos de aquí. ¿Te gusta eso?

Ella afirmó con la cabeza, pero echó a andar hacia la puerta, y los deseos de Poncho de besar sus labios tuvieron que resignarse a ser satisfechos en otra ocasión.

Cuando cruzaban el vestíbulo, Poncho pidió al portero un diario de la tarde, y buscó la noticia que le interesaba en la sección de sucesos locales.

No tardó en encontrarla. Con Ruth apoyada en su brazo, la leyó:

«Esta mañana se declaró un pequeño incendio en el Hotel Saratoga, enclavado en la calle del mismo nombre. El fuego comenzó, al parecer, en una habitación del tercer piso, ocupada por Elwin Odner, el cual sufrió algunas quemaduras, de carácter leve, al intentar sofocar el incendio, las cuales no le impidieron regresar a su alojamiento, una vez asistido de sus lesiones».

Nada más, pero era suficiente. Devolvió el periódico al portero y salió a la calle, llevando a Ruth del brazo, mientras daba gracias al Cielo, que le había permitido conocer el paradero de Odner gracias a aquel pequeño incidente.

El «Pontiac» negro se deslizó sin ruido en una carrera silenciosa, que terminó a la puerta de la casa de Ruth. Poncho iba tan preocupado, que ni siquiera se acordó de pedirla el beso que cerrase el convenio que acababan de celebrar, lo cual alegró a Ruth, porque aquella noche iba a ser muy difícil negárselo, y antes prefería la muerte que sentir el roce de los asquerosos labios de aquel hombre odioso sobre los suyos.

Poncho se alejó velozmente en el coche. Ruth le vió perderse al volver una esquina, y entonces penetró en la casa, subiendo velozmente la escalera en demanda de su departamento.

Con mano nerviosa ojeó la guía del teléfono hasta encontrar el número del Hotel Saratoga. Enseguida hizo girar el disco con mano

trémula:

—¿Hotel Saratoga? —preguntó, en respuesta a la voz que sonó en el otro auricular—. Oiga... ¿se hospeda ahí un tal Odner..., Elwin Odner?

Con el corazón palpitante de ansiedad esperó durante unos segundos. El guarda del hotel no debía tener excesiva prisa. Quizá le había interrumpido en su sueño con aquella intempestiva llamada, y estaba dado a todos los demonios.

Al fin le confirmó que Odner seguía en el hotel.

—Avísele enseguida —exclamó con voz trémula—. Tiene que hacerlo... Dígale que un hombre... no, quizá varios... van hacia allá... para matarle.

Oyó la exclamación de sorpresa de su interlocutor, y colgó el auricular, mientras una chispa de odio aparecía en sus ojos.

—Así te acribillen, como tú hiciste con él —murmuró con un susurro apenas audible.

Luego salió de nuevo a la calle y se perdió entre sus sombras.



¡ATENCIÓN, LECTOR!

Si su librero no tiene el número que
usted desee de nuestras publicaciones

E S C R I B A N O S

y lo recibirá a REEMBOLSO, libre de gastos.

EDITORIAL ROLLAN - S. Bernardo, 68 - MADRID

VII

BIEN, MISTER ODNER...



cuidadosamente elaborado por Lex Milney plan tan comenzaba a desarrollarse tal y como él lo había pensado. De todas formas, si los contrabandistas no se daban cuenta de la noticia, pensaba recurrir a otros medios para atraer su atención sobre Odner; pero no había hecho falta.

El efecto de la noticia había sido bien medido. Nada de darle un sensacionalismo que no merecía ni de ocupar la primera página de los periódicos que pudiera hacer sospechar al cerebro director de aquel bien montado tinglado que se trataba de una celada. No. Una simple referencia en la sección de sucesos locales, con la esperanza

de que alguno de los hombres de la banda la viese.

Claro que, aun así, podían sospechar y vigilar el hotel antes de emprender acción alguna contra Odner; pero tenían que correr aquel riesgo, cuidando, como es natural, de disponer a los hombres que vigilaban a éste, de manera que ni Odner ni sus posibles agresores se percatasen de su presencia.

Poncho caminaba hacia su destino, sin saberlo; pero no iba a ir solo. Antes de llegar al hotel se detuvo en una cafetería, penetrando en la cabina del teléfono, con dos fichas en la mano que recogió en el mostrador.

Dos llamadas le pusieron en contacto con Clement Bardwell y Romer Scardo, con los cuales quedó citado para diez minutos después, en el cruce de las callea Saratoga y Fulton. Aquel Odner había dado muestras de ser un tío de recursos. Si no hubiera sido por la casualidad, no habrían podido descubrirlo jamás, y Poncho no quería exponerse a un fracaso, que Geo Threadgill no le perdonaría.

Los dos hombres llegaron casi al mismo tiempo, y junto con Poncho se encaminaron hacia el Hotel Saratoga, dispuestos a castigar la osadía del hombre que se había atrevido a desafiarlos.

Poncho penetró sólo en el vestíbulo, solitario a aquellas horas. El guardaba estaba bien despierto, después de haber transmitido a Lex el aviso de Ruth, el cual convenció a éste definitivamente de que una mujer trabajaba en beneficio del

F. B. I.,

aunque ignoraba los motivos ni de quién se trataba.

El guarda le miró temeroso, disponiéndose a desempeñar su papel.

—¿Odner? —preguntó—. Sí... Creo que sí... Espere un segundo.

Se metió detrás del «comptoir» y examinó el libro de registro, mientras Poncho miraba a su alrededor.

—Sí —dijo, al fin, el guarda—. Está en el trescientos cuarenta y uno... Tercer piso. ¿Quiere que le avise?

—No, no es preciso. Me está esperando —mintió Poncho.

Cuando le vieron dirigirse hacia el ascensor, Bardwell y Scully penetraron en el hotel y se colaron tras él en el artefacto, sin que el guarda hiciese la menor observación; pero en cuanto aquél se perdió de vista, pulsó por tres veces el timbre de la habitación

trescientos treinta y nueve, contigua a la de Odner, donde Lex y *Baby* estaban alerta, esperando la señal. Luego se encerró en la cabina telefónica, marcando un número.

—Son tres, *Baby* —dijo el primero en voz baja.

Pegando el oído a la puerta que daba al pasillo, escucharon atentamente en la oscuridad.

Al fin percibieron el suave roce de pasos precipitados en la alfombra del pasillo, que se detuvieron ante la puerta de Odner. Inmediatamente una discreta llamada resonó en la puerta de la estancia inmediata.

Oyeron confusamente la voz de Odner, preguntando algo, y la respuesta que llegó del pasillo.

—Es un telegrama para usted, míster Odner —dijo alguien—. Soy el guarda de noche.

Transcurrieron unos minutos. Lex y *Baby* se acercaron a la puerta del baño. Los hombres que estaban en el pasillo hicieron un movimiento de impaciencia ante la tardanza de Odner.

Éste lanzó una imprecación al tropezar con algo en la oscuridad. Luego encendió la luz y abrió la puerta ligeramente.

Poncho le rechazó brutalmente hacia atrás. Cuando los tres hombres traspasaron la puerta, ya llevaban tres mortíferas pistolas en las manos. Odner les miró asustado. La convicción de que aquellos hombres no pertenecían a la Policía le llenó de terror.

Poncho le empujó hacia atrás, dejando vagar por sus labios una sonrisa siniestra.

—Creíste escapar, ¿eh? —masculló, sin que Odner, demasiado aterrado, acertase a articular palabra—. Bardwell, mira a ver si hay alguien en el cuarto de baño.

Su compañero se asomó ligeramente al cuarto de aseo, echando a él una breve ojeada, tras encender la luz, que apagó de nuevo a continuación.

—No hay nadie —dijo.

—Bien, míster Odner —continuó Poncho—. ¿Dónde están los brillantes?

Los tres hombres formaban alrededor de él un círculo de acero que imponía, y estaban tan ansiosos de escuchar la respuesta de Odner, que ninguno de ellos se percató del silencioso paso de Lex y *Baby* al cuarto de baño por la puerta del otro departamento,

desprovista de cerrojo.

Poncho repitió la pregunta con acento teros. Odner intentó hacerse el ignorante. La bofetada que recibió en la boca restalló como un trallazo, llegando a oídos de los dos agentes.

Bardwell había dejado entreabierta la puerta del baño, de forma que desde éste, sumido en la oscuridad, los dos podían ver y oír perfectamente cuanto estaba ocurriendo en la habitación de al lado.

El rostro de Odner, arrinconado contra la pared, de cara hacia el baño, inspiraba lástima, y Lex sintió piedad de él; pero las palabras de Poncho le hicieron prestar atención.

—¿Dónde están los brillantes? —preguntó éste de nuevo—. Dímelo, o por Satanás que te vas a acordar.

Levantó de nuevo el brazo. Odner se protegió el rostro con la mano. Aquel hombre, alto como un castillo, temblaba como un azogado ante las negras bocas de las tres pistolas. Poncho llevaba la voz cantante. Los otros dos eran meros comparsas, y Lex no tuvo inconveniente en reconocer en él, por la descripción que había dado el gerente del Hotel Maujer, al hombre que había asesinado a Leiser Hancock.

—Escucha lo que vamos a hacer contigo si te niegas a hablar —decía Poncho en voz casi conciliatoria—. Te haremos picadillo. El cacho más grande que quedará, de ti pasará por la garganta de un gorrión. Luego pondremos la habitación patas arriba, y los encontraremos de todas formas... Tú puedes ahorrarnos este trabajo, y tal vez nos decidamos a mostrarnos clementes contigo. ¿Dónde están?

—Los tiene la Policía —repuso Odner, con voz ahogada.

—¿La Policía? —repitió Poncho—. Vamos, hombre. Inventa otro cuento...

—Digo la verdad. No sé cómo fue, pero dieron conmigo. Traía los brillantes en una escayola que me hice poner en el brazo, fingiendo que me lo había roto; pero los agentes del

F. B. I.

cayeron sobre mí y me pusieron en libertad después de tomarme declaración.

El rostro de Poncho se había oscurecido. Sus dos compañeros dieron muestras de inquietud al oír el nombre del

F. B. I.,

porque las palabras de Odner sonaban a convincentes, y eso de tener al

F. B. I.

detrás les hacía sentir el olor a chamusquina de sus cabellos.

—Oye —dijo Poncho, asaltado por una súbita sospecha—. ¿No ha habido un incendio en este hotel?... ¿En tu habitación?...

La rápida puesta en libertad de Odner aparecía a sus ojos cada vez más sospechosa. Éste negó con la cabeza. Poncho le preguntó de nuevo:

—Venía en la Prensa. ¿No lo has visto? ¿Tienes un periódico?

Odner le señaló el que estaba sobre una silla. Poncho lo tomó y buscó la noticia del incendio, hasta que se percató de que el lugar que aquélla ocupaba había sido recortado.

—¿Quién hizo esto? —preguntó sibilante, mostrando el hueco a Odner.

—El «botones» me lo trajo así. Me dijo que no había periódicos, pero, que un huésped del hotel le había dado el suyo... Supongo que sería éste quien lo hizo...

Se detuvo en seco al notar cómo las pupilas de Poncho se contraían. Dentro del cuarto de baño, Lex y *Baby* se dispusieron a actuar.

—Nos han engañado —repuso Poncho con voz fríamente metálica—. Clement, Scardo, huyamos de aquí. O mucho me equivoco o este hotel está plagado de agentes del

F. B. I.

Los otros dos iniciaron el retroceso hacia la puerta. Poncho se encaró con Odner, sonriendo siniestramente. El aterrado hombre sintió que el cuerpo se le helaba dentro del pijama.

—Pero antes te voy a dar una lección, ¡maldito traidor! —rugió Poncho.

Fue a apretar el gatillo, ante la mirada atónita, horrorizada, de Odner, fija, sin ver en el negro agujero por donde había de llegarle la muerte.

Tan asustado estaba, que no oyó siquiera la conminación de Lex; pero Poncho sí la oyó, y sus compañeros también.

Los tres se volvieron a un tiempo. Lex y *Baby* estaban en la puerta del baño, empuñando sendas pistola, con las cuales cubrían a los forajidos.

La sonrisa feroz de Poncho se borró en sus labios. Sin obedecer la intimidación de Lex, apretó el gatillo. Odner recibió el balazo en un muslo y se desplomó en el suelo, creyendo, en medio de su terror, que estaba más gravemente herido de lo que era en realidad.

Lex disparó casi al mismo tiempo; pero Poncho se había arrojado al suelo y los disparos del agente pasaron silbando por encima de él, yendo a incrustarse en la pared de enfrente. Los disparos de *Baby* hicieron eco a los suyos, adelantándose por breve tiempo a los movimientos ofensivos de Bardwell y Scully, que habrían disparado sobre él medio segundo más tarde.

Los dos forajidos cayeron al suelo, alcanzados por los certeros disparos de *Baby*. Éste dio un paso hacia adelante, pero la pistola de Poncho tronó de nuevo, cortando su progresión.

Cegado por una nube de ira, Lex vio caer a *Baby* al suelo, y el momento de indecisión que la caída de su compañero provocó en él, fue aprovechado por Poncho para lanzar su poderosa humanidad hacia la puerta de la habitación con la rapidez de un tren expreso.

—Déjame, Lex... No es nada. ¡Corre!... —exclamó *Baby*, al comprobar que aquél vacilaba entre perseguir al rufián o acudir en su auxilio.

Lex pasó junto a él como una exhalación, alcanzando el pasillo al mismo tiempo que Poncho llegaba a la escalera. Percibió su corpulenta figura a la luz desvaída de la única bombilla que iluminaba el pasillo, y disparó por dos veces.

Poncho se sintió empujado hacia adelante y bajó la escalera rebotando contra los escalones, alcanzado en la espalda por los disparos de Lex, pero consiguió ponerse en pie en un alarde de fortaleza física, y descender los escalones de cuatro en cuatro, dejando a su paso un reguero de sangre.

Lex también se lanzó hacia abajo. Desde arriba podía entrever la figura de Poncho que saltaba los escalones como un poseído. Nadie hubiera dicho que iba herido, tal vez de gravedad, a juzgar por la sangre que señalaba su paso.

El guarda nocturno intentó detener al forajido, pero éste se lo quitó del paso de un empujón y ganó la calle. Lex Corrió hacia la puerta. El silbido de un proyectil junto a su cabeza le obligó a ser prudente y a resguardarse detrás de una columna del «*hall*», desde donde observó ante él.

Poncho descargó su pistola contra la columna y salió corriendo, renqueando ahora, hacia el lugar donde había dejado el automóvil. Por dos veces pareció a punto de caer, pero al fin consiguió llegar a él, al mismo tiempo que Lex aparecía en la puerta del hotel.

Éste miró arriba y abajo, y llegó a tiempo de ver cómo el forajido subía al automóvil. Corrió hacia él velozmente, pero no llegó a tiempo.

En el mismo momento en que conseguía poner sus manos en la manija de una de las portezuelas posteriores del coche, Poncho pisó el acelerador y el «Pontiac» se puso en marcha por la calle de Fulton. Lex corrió a su lado unas cuantas yardas, pero se vió obligado a soltar la manija cuando el coche ganó rápidamente velocidad.

Lo último que vió fue el ceño crispado de Poncho, inclinado sobre el volante, haciendo un violento esfuerzo por seguir una línea recta.

Inmediatamente volvió al hotel. Había en el vestíbulo numerosos huéspedes que comentaban lo ocurrido. El guarda nocturno era el centro de las conversaciones. Lex se acercó a él, zarandeándole por un brazo.

—Cállese usted... ¡Cállese, le digo!

Su actitud desagradó a algunos huéspedes, pero Lex no hizo caso de los murmullos desaprobatorios que se levantaban a su espalda y corrió al teléfono, llamando a la Jefatura para interesar la detención de un «Pontiac» color marrón claro, matriculado en Nueva York, conducido por un hombre herido. También pidió dos ambulancias.

Luego subió a la habitación de Odner, acompañado de un patrullero de la Metropolitana, que estaba en el vestíbulo. El primero a quien reconoció fue a *Baby*, que presentaba una herida en el hombro derecho, muy cerca del cuello, que, al parecer, no había interesado ningún vaso.

Baby sonrió y le preguntó si había conseguido capturar al otro.

—No —repuso Lex—. Pudo huir, pero va malherido... Costará poco trabajo echarle el guante.

Ayudado por el agente y el guarda, sentó a *Baby* en un sillón y se acercó a Odner, que estaba sentado en el suelo, lanzando lastimeros aullidos. Estaba herido en un muslo, y Lex comprobó a la primera ojeada, por la menor longitud de la pierna herida, que el

proyector había partido el hueso, desenclavando los dos extremos de la fractura.

Odner fue colocado sobre la cama, y le llegó el turno a los dos pistoleros. Uno de ellos estaba muerto, y Lex le dejó, para examinar al otro, que presentaba una herida mortal en el vientre. Estaba vivo aún, pero eran contados los minutos que tardaría en seguir a su compañero.

Lex le incorporó ligeramente. El guarda acercó a sus labios un vaso con agua, y los ojos del herido se abrieron, mirando a los dos hombres.

—¿Cómo se llama el hombre que ha huido? —preguntó Lex.

El herido cerró los ojos. Debía de estar pasando las angustias del infierno con aquel boquete negruzco abierto en las tripas; pero Lex no se dejó ablandar. Necesitaba saber quién era el hombre que había huido antes de que el herido la entregase.

Éste le miró con ojos semicerrados ya.

—Es... es... Pon... cho Scully... —murmuró.

—¿Dónde puedo encontrarle? —preguntó Lex a gritos—. Vamos, hable. ¡Hable, le digo!

Le zarandeo sin compasión. El hombre había cerrado los ojos, pero sus labios se movían aún. Lex se inclinó hacia ellos, y le oyó decir algo acerca de una novia... en un club... Luego cesó el movimiento de los labios. Homer Scardo no había terminado de revelar lo que había querido decir.

Lex se apartó de él.

—¿Cómo te encuentras, *Baby*? —preguntó a su compañero.

—No te apures por mí —repuso éste, casi con alegría por haber recibido aquella herida en su bautismo de fuego.

Lex registró a los dos forajidos muertos, examinando someramente la documentación, y en aquel momento dos ambulancias, acompañadas por un coche de la Policía, se detuvieron a la puerta del hotel, y Bradberry saltó del coche, subiendo los escalones de cuatro en cuatro, sin detenerse a tomar el ascensor.

A empujones se abrió paso por entre el grupo de curiosos que se agolpaban ante la puerta cerrada de la habitación, y penetró en ella, lanzando un silbido de sorpresa al contemplar la escena.

—Buena caza, Lex —dijo.

—Se escapó la pieza principal —repuso éste—; pero no creo que vaya lejos con dos agujeros en la espalda.

—¿Le heriste?

—Junto a la escalera; pero ese hombre es de acero y siguió corriendo. Al parecer, no tiene importancia para él eso de llevar dos proyectiles dentro del pecho.

Los dos muertos fueron trasladados a una de las ambulancias. Odner y *Baby*, a la otra. Lex se sentó junto a Bradberry, en el asiento posterior del automóvil de éste.

—¿Estás cansado, muchacho? —preguntó solícitamente el inspector. Y ante la respuesta negativa de Lex, prosiguió—: Entonces, vamos a mi despacho. Tenemos que —trabajar mucho y deprisa.

El edificio de Center Street estaba casi desierto a aquellas horas de la noche. Sólo algunos agentes de servicio se encontraban en él, distrayendo sus ocios jugando a las cartas u hojeando algunas revistas.

Bradberry y Lex se encerraron en el despacho del primero y comenzaron a examinar las documentaciones de Homer Scardo y de Clement Bardwell.

No fue gran cosa lo que pudieron encontrar en ellas. Ambos resultaron tener una bonita colección de antecedentes, y a favor de Scardo figuraba la huida de la Prisión de Salem, dos años antes. Pero el expediente de Poncho Scully era mucho más voluminoso que el de ellos y en sus hojas aparecía bien detallada la carrera criminal de aquel forajido, desde que fue detenido por primera vez, en Méjico, a los dieciséis años de edad, por atraco a mano armada.

—Un angelito —exclamó Lex.

A pesar de lo avanzado de la noche, el

F. B. I.

movilizó inmediatamente a sus hombres para localizar a Poncho. Muchos maleantes y malhechores que dormían tranquilos y confiados, creyendo que sus delitos dormían en la impunidad, recibieron aquella madrugada la visita de los agentes del

F. B. I.,

y de la Policía Metropolitana, que les obligaron a ponerse en movimiento para indagar detalles acerca de la vida de Poncho, sus últimas amistades, lugares donde había sido visto, etc., so pena de

comparecer ante el fiscal del distrito, acusados de delitos que les abrirían las puertas del presidio.

De esta forma, los confidentes se desparramaron por los barrios bajos de Nueva York. Cada uno de ellos encareció a sus amigos la búsqueda de detalles acerca de Poncho Scully, de forma que, pocas horas después, un enjambre de confidentes y espías, al servicio de la Policía, se infiltraba en los garitos, fumaderos de opio, casas de juego, salones de baile y casas de lenocinio, en busca de datos con que salvarse de ir a la cárcel.

Lex se fue a dormir a las ocho de la mañana, acompañado por Bradberry, pero su sueño fue corto. Apenas llevaría durmiendo tres horas, cuando el timbre del teléfono, instalado en su mesilla de noche, le despertó.

Era el propio Bradberry quien le llamaba. Aquel hombre parecía no conocer el cansancio ni la necesidad de recuperar fuerzas durmiendo.

—¿Estás bien despierto, Lex? —le preguntó—. Pues escucha entonces. Acaban de llamarme por teléfono para decirme que hace unos minutos ha llegado un mensaje. Se refiere a ese tipo que estamos buscando.

—¿Qué dice?

—Lo tengo en la mano. Me lo dieron por el hilo. Escucha: Poncho Scully ha sido visto últimamente frecuentando el Cisne Negro, club nocturno de la calle Doce. Según parece, hay allí una mujer, Ruth Somerset, por la que está loco de atar. Gasta mucho dinero y ha comprado, hace cosa de un mes, un «Pontiac» negro, último modelo. La mujer puede informar, si se le aprietan las clavijas.

—¿Quién lo leyó?

—Nadie lo sabe. Alguien llamó por teléfono, diciendo que recogieran un mensaje urgente que acababa de ser depositado en el buzón de la puerta.

—En cuanto coma algo voy para allá —afirmó Lex.

La gente del hampa había cumplido su compromiso con la Ley. Durante unas horas, sus andanzas habían removido hasta el fondo las sucias aguas de los bajos fondos neoyorquinos en busca de las noticias que se les había pedido, pero nadie sabría nunca quién había sido el misterioso informante.

Lo más que pudieren sacar en claro fue que quién había llamado por teléfono había sido una mujer.



¿EL MEJOR ALMANAQUE DEL AÑO?
Sin duda alguna, el
EXTRAORDINARIO
DE
AVENTURAS DEL F. D. I.

VIII

UN HOMBRE PREGUNTA POR USTED...



EO Threadgill daba vivas muestras de impaciencia, mientras medía a grandes zancadas el camerino de Rut Somerset.

El otro hombre que estaba con él en la estancia, miraba sus idas y venidas, fumando apaciblemente. Del salón llegaba hasta ellos, muy atenuada, la voz cristalina de Ruth.

Al parecer habían estado hablando entre ellos y la conversación prosiguió después de una pausa.

—Así es que ya lo sabes, Patt —dijo Geo, deteniéndose ante el

otro—. Vamos a cesar en nuestras actividades una temporada. Las cosas se han puesto tan calientes, que abrasan. He estado hablando con Poncho. Fracasó anoche. Está herido y dice que el

F. B. I.

está encima de nosotros.

Hizo una pausa y continuó diciendo, al ver que su interlocutor escuchaba en silencio:

—Ese maldito Odner nos ha metido en un buen cisco. Hoy he dado órdenes a Meyers y a los demás para que no hagan más envíos. Suspende tú las salidas de diamantes en bruto. Vamos a hacer un viaje de placer. Europa está hermosa en primavera, y seguramente cuando regresemos se habrá aclarado el horizonte.

—¿Dónde está Poncho? —preguntó Patt.

—En el chalet de Steppingstone. Hufchfield le está cuidando.

—¿Qué vas a decirle a Ruth?

—Ella no sabe nada aún ni de la herida de Poncho ni de nuestras actividades, ni menos, eso me aseguró él... Voy a proponerla que se case conmigo.

Lo dijo sin darle ninguna importancia, aunque miraba a Patt para sorprender sus reacciones. El rostro de éste no se inmutó siquiera.

—Eso le va a sentar a Poncho como una purga —repuso, sonriente.

—Ruth es demasiado buen bocado para la boca de ese animal —repuso Geo, aplastando la punta del cigarrillo contra el cenicero.

Representaba unos treinta años de edad, lo cual hablaba muy alto de sus dotes de organización. Era delgado y de buena estatura, pero, a pesar de su delgadez, sus músculos eran tan férreos como su voluntad, enmascarada por un rostro fino, casi famélico, rematado por el rubio cabello peinado muy tirante hacia atrás. Algunas pecas que tenía diseminadas por el rostro no contribuían, ciertamente, a hacer éste más atractivo.

Vestía un elegante «chaquet» blanco, en cuya solapa un clavel rojo ponía la única nota de color.

Su interlocutor se levantó sonriendo del asiento que ocupaba. Era más viejo, más bajo y, sobre todo, más grueso que Geo. La risa que le causó el pensamiento de la jugarreta que Threadgill le iba a hacer a Poncho, mientras éste estaba herido, hizo temblar su

voluminoso abdomen.

—Pobre Poncho... —murmuró. Y otra vez le dio la risa.

—Estoy harto de ese bestia —aseguró Geo—. No sabe más que matar y ni siquiera para esto tiene inteligencia. Si no fuera así se habría dado cuenta hace mucho tiempo del asco y el desprecio que inspira, a Ruth.

—Entonces, ¿por qué le soporta ella? —preguntó Patt Tibbs, pasándose un pañuelo por la frente para secarse el sudor. Sudaba siempre, en invierno y en verano, y aquél era uno de sus martirios. El otro era tener que guardar dieta para no engordar más, con lo que a él le gustaba comer. Los anillos que casi cubrían por completo sus dedos regordetes brillaron a la luz de la lámpara del camerino.

Geo se encogió de hombros.

—No lo sé —confesó—. Supongo que le tiene miedo... o quizá sea agradecimiento. Sea como sea, voy a pedirla que se case conmigo. La chica me gusta y me parece que no le soy indiferente.

—Eres un buen partido para quien no sienta interés en averiguar el origen de tus ingresos —afirmó Patt, y los dos hombres se echaron a reír.

Patt se sirvió una buena dosis de «*whisky*» escocés de una botella que había encima de una mesita, acabando de llenar el vaso de soda.

Acababa de apurarlo, cuando Ruth penetró en el camerino, rutilante y esplendorosa, vistiendo su gentil figura con un vaporoso traje de noche, cuya blancura competía con la de sus níveos brazos. Geo la miró encandilado y Patt lanzó una risita burlona al percibir la expresión de su rostro.

Un collar de perlas lanzaba sus destellos desde el amplio escote que dejaba, el vestido, y otro cintillo de ellas sujetaba los blondos cabellos de Ruth en un artístico peinado.

Geo avanzó hacia ella, que le recibió con la sonrisa en los labios.

—No sabía que estuvieran aquí —dijo.

—Llegamos cuando empezabas a cantar.

—¿Por qué no se quedaron a oírme?

—Teníamos que hablar... Poncho está herido.

Los dos hombres estudiaron la reacción que la noticia producía en ella. Geo observó, complacido, que su rostro no perdía la expresión de indiferencia.

—¿Grave? —pregunta tal vez por preguntar algo.

—Sí —repuso Geo—. Le hirieron anoche casualmente... en un tiroteo que se entabló en la calle.

Ruth sonrió para sus adentros Geo ignoraba que ella sabía perfectamente la causa de las heridas de Poncho, como sabía otras muchas cosas, y lo único que lamentaba era que su salvaje admirador hubiese escapado con vida de la encerrona del hotel Saratoga.

Sentía verdadera curiosidad por saber con detalle lo ocurrido en el hotel, pues los periódicos nada decían sobre ello, y ella sólo había podido ver lo sucedido en la calle, pero se abstuvo de hacer preguntas, aunque sabía que la Policía había llegado a tiempo gracias a su aviso.

—¿Dónde está? —preguntó.

Geo carraspeó antes de responder.

—Cerca de aquí —dijo, vacilante—. En... en un sanatorio... eso es.

Patt se puso en pie.

—Yo digo que me marchó —manifestó, cogiendo el sombrero de encima del sillón donde lo había tirado al entrar—. Tengo que...

—No tienes nada que hacer, Patt —le interrumpió Geo—. Por tanto, vas a quedarte aquí. Lo que tengo que decirle a Ruth puedes oírlo tú también.

La muchacha les miró alternativamente; sorprendida. La seriedad del rostro y el tono de Geo la hicieron comprender que se acercaba el final de aquel asunto. Seguramente Geo tenía miedo, en vista de lo ocurrido a Poncho. Si la Policía conseguía localizar a éste, cosa nada difícil estando herido, según pensaba ella, estaría a un paso de descubrir el tráfico clandestino de brillantes.

—Bueno —dijo en tono ligero—. ¿De qué se trata? Han conseguido ustedes intrigarme.

Geo la tomó ambas manos y los dos quedaron frente a frente, en pie, en el centro del amplio camerino. Patt parecía distraído contemplando los cuadros que pendían de las paredes.

—Ruth —preguntó Geo—. ¿Quieres casarte conmigo?

La pregunta no extrañó a la muchacha. Estaba segura de que Geo sentía por ella la misma atracción que Poncho y tantos hombres más, y la espontánea y rápida declaración de Geo la

confirmó en sus sospechas de que éste tenía miedo.

—¿Sabe Poncho que iba usted a hacerme esta proposición? —preguntó, sonriente.

—No, no lo sabe —repuso Geo, molesto.

—Pero... él es su amigo, y usted sabe que... que me quiere.

—Escucha, Ruth —repuso él, soltando sus manos—. Tal vez Poncho no te haya explicado las cosas tal y como son. Él y yo no somos exactamente amigos... Somos más bien... asociadas.

—Ruth notó que elegía cuidadosamente las palabras. —Eso es...: asociados... Teníamos algunos negocios juntos, pero ya los hemos liquidado, y, por tanto, no le debo ninguna lealtad.

—Ese negocio, ¿era tal vez contrabando de brillantes? —preguntó ella con suavidad.

Geo se puso repentinamente serio. Patt se volvió de un salto.

—¿Quién demonios...? —comenzó a preguntar, pero se detuvo ante la mirada de advertencia de Geo.

—Poncho es para mí como un libro abierto —repuso ella, con la mayor tranquilidad. Además, le gusta el alcohol, y éste desata las lenguas. No me fue difícil enterarme.

Los dos hombres permanecieron ante ella, esperando que definiese su situación respecto a lo que sabía, pero ella no lo hizo, de forma que Geo, tras un largo silencio, dijo:

—Bien. Al parecer estás enterada de todo, y sabrás también que era yo quien dirigía el negocio. Ya te he hecho mi oferta. Ahora tú dirás.

Su tono no era ahora el de un enamorado, sino el de un hombre que acaba de exponer un negocio y espera la respuesta. Ruth percibió un ligero tonillo de amenaza en su voz, así como la ansiedad con que esperaba su contestación.

—¿Qué vamos a hacer con Poncho si acepto? —preguntó.

Geo se encogió de hombros, indiferente.

—Me tiene sin cuidado lo que pueda ocurrirle —dije—. Es un animal sin seso, y supongo que se gastará en dos días en marihuana todo el dinero que le he dado a ganar, si antes la «Poli» no lo pone a la sombra. Óyeme, Ruth. Yo te convengo más que Poncho por muchas razones. Tengo más dinero, más inteligencia y... hasta creo que mejor tipo que él, ¿no crees? —preguntó con una sonrisa.

—Opino igual —repuso ella—. Si te dije aquello fue para que

vieras que lo sabía todo y facilitarte el camino. Pero dame algún tiempo para pensarlo.

—¿Tienes bastante con media hora? —preguntó Geo, risueño.

La risa de Ruth terminó de despejar la atmósfera.

—¡Caramba, qué fuerte te ha dado! —replicó. Unos golpes en la puerta les hicieron volver los ojos hacia ella.

—Pase —ordenó la muchacha.

Un camarero penetró en el camerino, dirigiéndose a Ruth.

Un hombre pregunta por usted —la dijo—. Dice que no se irá sin verla.

Geo fue a decir algo, pero Ruth le contuvo.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó al camarero.

—Alto, fuerte, bien plantado y sabe llevar un traje —repuso éste—. Pero no sé por qué me parece que es un policía —agregó.

Los tres se miraren. Geo y Patt leyeron mutuamente en sus ojos el temor. ¿Habrían sido descubiertas las relaciones entre Poncho y Ruth? Si era así, sería necesario preceder con extremada cautela.

—¿Qué le hace pensar que lo sea? —preguntó ella al camarero.

—No sé —repuso éste—. Tal vez sea su desenvoltura... Ha entrado en el salón como si fuera suyo...

—Bien. Hágale pasar —decidió Ruth.

Cuando se ausentó el camarero, Geo tomó de nuevo las manos de Ruth entre las suyas.

—Procura sonsacarle —le dijo—. Pero ten cuidado.

Ella le sonrió.

—Deja eso de mi cuenta. No me sacará más de lo que yo quiera ni con sacacorchos.

—Vamos, Patt.

Ambos pasaron al tocador y Geo corrió la cortina, aunque teniendo buen cuidado de dejar una rendija entre sus pliegues, a través de la cual pudieran observar lo que ocurría en la otra pieza.

Los discretos golpes de antes en la puerta del camerino se repitieron.

—Adelante —dijo Ruth.

Lex entró, quitándose el sombrero al cruzar el umbral. Ruth le vió cerrar la puerta sin volverse y avanzar hacia ella, con los ojos fijos en su cuerpo, con tal intensidad, que estuvo a punto de enrojecer.

Le daba la impresión de haberse quedado de pronto desnuda de alma y con muy poca ropa encima del cuerpo, bajo aquella mirada escrutadora, e intentó adoptar un gesto cínico, fracasando a medias en su intento.

«Un exterior muy bello, ocultando, probablemente, un pozo de porquería y de maldad», se dijo Lex.

—¿Es usted Ruth Somerset? —preguntó en voz alta.

—¿Qué quiere de mí?

—Por el momento, hacerla unas preguntas nada más. Luego...

—Hizo un vago gesto con la mano—. Siéntese.

Al decirlo, lo hizo él. Sabía muy bien cómo tratar a aquellas vanidosas y frívolas muñecas de «*music-hall*». Había que imponerse a ellas desde el principio, o estaba uno perdido.

—Es usted muy amable —aseguró ella con ironía—, pero no me sentaré ni contestaré una palabra hasta que sepa qué clase de preguntas va usted a hacerme y con qué derecho.

Lex la miró divertido. Dejó el sombrero sobre la mesita y sacó la placa del bolsillo, mostrándosela a la muchacha.

—Del

F. B. I.,

¿no? —dijo ésta en voz lo suficientemente alta para que Geo tuviese noticia de la identidad del visitante.

—Espero que acceda a sentarse —repuso Lex, señalando el sillón vacío.

Ella lo hizo.

—¿Quiere beber algo? —le preguntó.

—Nunca lo hago estando de servicio.

—Pues usted dirá, entonces.

Los ojos de Lex estaban clavados en su rostro. Nunca había visto una mujer tan bella. Ni siquiera él, con su enorme fuerza de voluntad y la experiencia de seis años de lucha contra los enemigos de la Ley, podía librarse del hechizo que aquellos ojos y aquel cutis de terciopelo ejercían sobre todo el que los veía por primera vez.

Se inclinó hacia adelante, sacando una cajetilla, de la cual ofreció un cigarrillo a la joven.

—Gracias, no fumo.

Primera sorpresa. Todas las mujeres de aquella clase fumaban como carreteros, pero ésta, al parecer, no lo hacía. Sería por

conservar la voz.

Encendió un cigarrillo, expelió una bocanada de humo y preguntó a boca de jarro:

—¿Qué clase de relaciones tiene usted con Poncho Scully?

No preguntó si las tenía, sino cuál era el carácter de ellas. Parecía estar bien seguro del terreno que pisaba. La respuesta de Ruth surgió rápida en sus labios:

—Eso no le importa a usted.

—¿Admite, al menos, que le conoce?

—No tengo por qué negarlo.

—¿A qué se dedica?... Me refiero a él.

—No lo sé —repuso ella.

Lex se puso más serio.

—Oiga, monada —dijo con voz severa—. Buscamos a Scully para colgarle una acusación de asesinato y algo más y largárselo al fiscal bien empaquetado. Mató a un hombre llamado Leiser Hancock hace cosa de dos meses, y anoche intentó repetir la broma con otro individuo. Por fortuna hicimos fracasar el golpe, pero Poncho, aunque bien tocado, consiguió huir. Si me dice dónde está, puede ahorrarse muchas molestias.

—No lo sé. Se lo aseguro —repuso ella.

Había palidecido al oír el nombre de Leiser, pero el agente achacó su impresión a lo directo de su ataque.

—¿Tampoco conoce a ninguna de las personas con quienes se relaciona?

—No tengo la menor idea.

—ES raro —afirmó él—. Cuando se frecuenta la amistad de una persona con la intensidad con que Poncho frecuentaba la de usted, siempre suele coincidir con algunos amigos...

Dejó la insinuación en el aire, pero ella no la recogió.

—Ya le he dicho que no tengo ni idea acerca de eso —repuso.

—Tampoco parece tenerla de lo mal que se pasa en la cárcel —repuso Lex brutalmente—. Y allí irá usted si se empella en seguir encubriéndole. Primero la ducharán a usted y le cortarán el pelo muy cortito. Una cosa así —señaló el espesor de dos dedos—. Desde luego, no podrá llevar diadema, ni tampoco podrá usar «rouge». A continuación la embutirán en un blusón gris que le llegará casi a los pies. El gris no hace juego con sus ojos... Luego, a trabajar, pero no

cantando. Todo ello amenizado con comidas poco variadas y alguna que otra caricia...

—Es usted el bestia más salvaje que he conocido —interrumpió ella, iracunda. Sus ojos parecían querer fulminar a Lex, cuya dureza de facciones se acentuó ante el insulto.

—Es posible que lo sea —dijo—, pero no es por mi gusto. Hay que ser duro para luchar contra asesinos como Poncho y sus amistades... incluidas sus amiguitas de ojos candorosos. ¿Sabe que a Leiser le dieron cuatro balazos en el vientre?



***¿Sabe que a Leiser le dieron cuatro balazos en el
vientre?***

La vió cerrar los ojos y tambalearse su busto ligeramente a pesar de estar sentada. Era la segunda sorpresa de la noche. La había tomado por una mujer dura, con el corazón convertido en una caja fuerte que no se abría más que por el interés, y, lejos de ello, aquella muñeca de nácar parecía tener el corazón en su sitio como

cualquier mujer normal. Que le matasen si lo entendía.

Miró a su alrededor. Su mirada se posó en el cenicero, en el cual había varios cigarros. Uno de ellos humeaba aún levemente. La punta quemada mostraba varios centímetros de ceniza. Alguien lo había puesto allí no hacía mucho y se había ido consumiendo lentamente.

Entonces recordó que ella le había dicho que no fumaba y su gesto se tornó duro de nuevo. Miró las colillas con disimulo. Ninguna de ellas estaba manchada de rojo ni eran de la marca más apropiada para mujeres. Aquello solo podía significar una cosa. Que Ruth Somerset no estaba sola en su camerino cuando él entró.

—Usted me dijo que no fumaba —la recordó.

—Y es cierto —repuso ella, repuesta ya del golpe sufrido.

—Entonces, ¿de quién son esos cigarros? —preguntó Lex, inquisitivamente.

—Tengo derecho a recibir en mi camerino a quien se me antoje, ¿no le parece?

—Esos hombres están aquí aún —afirmó él, excitado—. Quizá uno de ellos sea Poncho. ¿Dónde está?

Se había puesto en pie, esperando su respuesta. Ella le imitó y ambos quedaron frente a frente, mirándose desafiantes. Luego, los ojos de Ruth se fijaron en un punto detrás de Lex.

—Le digo que no hay nadie aquí —aseguró.

Geo avanzaba felinamente hacia el agente, empuñando una pistola en su mano derecha. Detrás de él, Patt había salido también del tocador y se deslizaba a lo largo de la pared, en dirección a la puerta, sin dejar de encañonar a Lex.

Ruth no oía las palabras de éste. Fascinada, observó cómo Geo empuñaba el arma por el cañón, y supuso lo que iba a hacer.

En el último instante, el leve destello de terror que apareció en los ojos de la muchacha hirió el subconsciente de Lex con un leve cosquilleo premonitor del peligro.

Como una flecha se volvió a mirar hacia atrás. Geo extendía ya su brazo izquierdo, para atazarle por el cuello, al mismo tiempo que blandía la pistola en el aire. Lex sólo tuvo tiempo de percibir su semblante descompuesto por el esfuerzo y la banda negra dibujada en el aire por la culata de la pistola. Pudo evitar en parte el abrazo de Geo, pero no el golpe.

Recibió éste en el parietal derecho y le pareció que el techo de la habitación se desplomaba sobre él. Se asió al respaldo del sillón, tambaleante, sin poder hacer nada por evitar el segundo golpe que Geo le propinó.

Ruth lanzó un grito en cuyas notas vibraba el horror. Algo viscoso y caliente chorreó por la cara de Lex, y el último acto de su conciencia, antes de perderla por completo, fue el pensar que Ruth Somerset no estaba tan endurecida como él había pensado.

Geo contempló burlonamente el cuerpo tendido junto al sillón. Palpando el cuerpo de Lex, sacó un «Colt» del 38 de su sobaquera.

—Guárdate eso, Patt —dijo, tendiéndoselo a éste, que se había acercado a él.

Luego buscó algo con la vista y se dirigió sin vacilaciones hacia el tocador, arrancando el cordón de las cortinas.

—Creo que esto servirá —dijo.

En un momento maniató a Lex con una destreza que sorprendió a la muchacha.

—¿Qué vais a hacer con él? —preguntó, espantada.

—Tirarlo al East River —repuso, tranquilamente. Geo—. Luego haremos una gira por Europa.

Ella sonrió sin alegría.

—Yo me voy con vosotros —dijo en voz baja—. No puedo seguir aquí después de esto... y Poncho me da miedo.

El rostro de Geo se ensanchó en una sonrisa.

—Es lo mejor, Ruth —aseguró, golpeándola ligeramente en la espalda—. Te aseguro que no te pesará el venir con nosotros.

«A ti, sí», pensó ella.

—Patt, rocíale el rostro de soda para que vuelva en sí.

El rechoncho canalla cogió el sifón y apretó la palanca, dirigiendo el chorro hacia el rostro de Lex. Esté movió la cabeza, abrió los ojos y se miró las manos.

—Levántate —ordenó Geo—. Patt, vigílale. No me fío de él ni estando atado.

Le sentaron en el sillón. Mientras Ruth se cambiaba de ropa, Geo limpió la sangre de la cara de Lex, colocándole, acto seguido, el sombrero ladeado a la derecha, para disimular los restos de sangre que hubieran podido quedar, y en cuanto regresó la joven, ya vestida de calle, los cuatro abandonaron el camerino.

Lex marchaba entre Geo y Patt, que le sujetaban uno por cada brazo. Ruth se adelantó a ellos para acercar el coche de Geo a la puerta lateral del club.

El agente no se había repuesto aún por completo de los golpes recibidos, y salvó el corto trecho hasta la puerta con paso incierto y tambaleante, que arrancó una burlona sonrisa del único camarero con quien se cruzaron en el camino.

Las manos, atadas delante del cuerpo, estaban ocultas bajo la chaqueta de Geo, echada sobre ellas, y la presión del revólver de Patt en su costado izquierdo le quitaban las pocas ganas que tenía de gritar a los cuatro vientos la verdad de lo que estaba ocurriendo.

Ruth abrió la puerta del coche. Lex fue arrojado a la parte posterior del mismo, donde Patt se acomodó a su lado. Luego Geo empuñó el volante, y con la muchacha sentada junto a él, condujo el coche con mano firme hacia la Sexta Avenida.



PUBLICACIONES TRIUNFANTES

de

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

**F. B. I. + EXTRAORDINARIA DEL OESTE
NEVADA + JEQUE BLANCO
AVENTURAS DEL F. B. I.**

IX

LA CASA SOLITARIA



L interior del automóvil permanecía a oscuras. Patt miraba de reojo a Lex, que, sentado a su lado, sentía como si un batallón de hormigas merodeasen por su cerebro en busca de alimento, pinchándole los sesos.

Las calles estaban bien iluminadas, pero semidesiertas ya a aquellas horas de la noche. La esfera luminosa del reloj del salpicadero señalaba la una y media de la madrugada.

El vehículo pasó de la Sexta Avenida a la Cuarta, atravesando por la calle Cuarenta y Dos y siguió su marcha hacia el Norte. La mano de Patt se hundía significativamente en el bolsillo de su americana, aunque no parecía necesario recurrir a aquella

precaución, dado el estado de semiatontamiento en que el agente del

F. B. I.

se encontraba.

Manhattan quedó atrás, al penetrar en Bronx atravesando el río Harlem por el puente del ferrocarril. Geo gobernó el coche con mano diestra, y pocos minutos después, tras atravesar el río Bronx, se presentaba ante Unionport, unida a aquél por una fila de casas y villas que bordeaban la carretera.

Cinco minutos más tarde llegaban al punto que, al parecer, era el de destino. La carretera doblaba el ángulo de la costa, siguiendo hacia el Norte, pero Geo tomó por un camino lateral, bordeado de árboles, a través de los cuales se filtraba la luz lechosa de la luna, que lucía en un cielo sin nubes.

Al fin el automóvil se detuvo ante una casa de lúgubre aspecto. Ninguna luz brillaba en sus ventanas. En la parte posterior había tres o cuatro espesos árboles que hacían las sombras más densas aún. El camino continuaba hasta el mar, deteniéndose al borde mismo del acantilado, y a oídos de Lex llegó el susurro de las olas al chocar contra las rompientes.

A juzgar por la dirección seguida por el coche desde que abandonaron Bronx, debían encontrarse en las inmediaciones del lugar denominado Steppingstone, situado un poco más al norte de la aguda Punta Locus, que señala el extremo norte del East River.

El lugar no tenía nada de agradable a la luz de la luna, y el silencio nocturno, roto sólo por el rumor de las olas, cien yardas más allá, estaba cargado de presagios siniestros.

Lex fue obligado a bajar del coche y todos se dirigieron hacia la entrada de la casa, dejando el vehículo protegido por la sombra que ésta proyectaba.

Patt apoyaba la pistola en la espalda de Lex. Geo iba delante con Ruth, y el agente se fijó en que la muchacha se apretaba medrosamente contra el cuerpo del hombre, estremeciéndose al oír el quejumbroso ulular de los mochuelos en la enramada.

Las paredes del edificio eran de piedra, y éste tenía dos pisos. Geo introdujo la llave en la cerradura y la puerta se abrió sin ruido, demostrando con ello que la casa era más frecuentada de lo que parecía a primera vista.

El interior estaba a oscuras y mal ventilado, a juzgar por el olor a humedad qué les sacudió el rostro, pero, apenas la puerta se abrió al impulso de Geo, cuando una voz partió de la oscuridad, preguntando:

—¿Quién va?

—Soy yo, Geo —repuso éste—. Enciende la luz, Hutchfield.

Se oyó el raspar de un fósforo, y la débil llamita apareció al fondo del «*hall*», sostenida por la mano de un hombre, imposible casi de percibir en aquella penumbra.

Fue cuando éste transmitió la llama a un farol de petróleo, de los llamados «Petromax», cuando Lex se dio cuenta del lugar en que se encontraban.

Era una especie de «*hall*» cuadrado, al cual se abrían varias puertas. No había casi muebles en él, y una escalera arrancaba del fondo, frente a la puerta de la calle, perdiéndose hacia arriba en las tinieblas.

—Hola, Hutchfield —saludó Geo—. ¿Cómo está Poncho?

—Estuvo el médico a verle —repuso aquél—. Lo encontró muy mal. Dice que desespera de salvarle. ¿Quién es ese hombre? —preguntó, señalando a Lex con la barbilla.

—El que hirió a Poncho. Es agente del
F. B. I.

y ha avanzado demasiado en este asunto para que podamos dejarle vivir.

El rostro desagradable de Hutch se tornó ceniciento, tomando una semejanza extraordinaria con el de un pez, y sus ojos miraron a Lex con rabia feroz.

—¡Marrano! —exclamó—. Te voy a picar.

—Déjalo para más tarde, Hutch —ordenó Geo—. Patt, llévalo al sótano y vuelve enseguida; tenemos que hablar.

—Andando, cachalote —dijo Patt festivamente, empujando a Lex hacia el sótano con la punta del cañón de la pistola—. Pero levanta las manos.

Lex le obedeció, echando a andar hacia adelante, dirigiéndose a una puertecilla hacia la cual le empujaba Patt. Hutch se adelantó para abrirla y tuvo que hacer un violento esfuerzo para no descargar una patada a Lex cuando éste pasó a su lado.

Una corta escalera de piedra, sin barandilla, arrancaba de la

puerta hundiéndose en la lóbrega humedad del sótano. Patt empujó a Lex hacia ella, descendiendo también, mientras Hutch permanecía arriba, alumbrando a la vez el sótano y el vestíbulo con el Petromax.

El sótano hedía a salitre. Lex percibió los contornos de la humedad dibujada en la pared. La luz disminuía a medida que avanzaba dentro del sótano, pero en cambio aumentaba la humedad, hasta dar la sensación de ir pisando tierra mojada.

—Pillaré un reuma, pero al menos no habrá ratas —dijo Lex festivamente, volviendo la cabeza hacia Patt.

Éste rió la gracia. Era un hombre de buen carácter y tenía un humor excelente en aquel momento al pensar que dentro de breves instantes Geo le escucharía al fin, dando por disuelta la sociedad, por el momento.

—Me alegro que te guste el sitio —dijo con macabra ironía—. Tampoco te dará tiempo a coger el reuma, estate tranquilo.

—Le anima usted a uno más que una revista del Folies —aseguró Lex.

—Soy así desde pequeño —aseguró Patt con modestia.

Había unos cuantos cajones viejos en un rincón. Debían de llevar allí mucho tiempo, pues apenas los tocó Lex con el pie, se partieron en varios pedazos.

—Ahí se queda, amigo —gruñó Patt—. Espero que no le moleste la soledad.

—Es preferible a estar acompañado por bichitos como vosotros —repuso Lex—. Adiós, gordo.

Patt, que ya se encaminaba hacia la escalera, se volvió hacia él, amenazador.

—Vuelve a llamarme eso y te doy un golpe que tendrás que alimentarte con biberón —le dijo con sombría entonación, y Lex se dio cuenta, entonces, de lo peligroso que debía de ser aquel tranquilo individuo cuando perdía la calma.

Patt ascendió trabajosamente la escalera y cerró la puerta tras él. El sótano quedó sumido en la mayor oscuridad. Lex permaneció unos segundos indeciso. Luego se dedicó a la tarea de soltarse las manos.

No le fue difícil hacerlo, porque llevaba ya mucho tiempo atado, y ello, unido a los constantes movimientos que había estado

haciendo con las manos con el mayor disimulo, habían aflojado ligeramente las ligaduras.

Una vez libre de ellas, se frotó vigorosamente las muñecas, sintiendo una enorme sensación de alivio al abrir y cerrar las poderosas manos. La herida de la cabeza le dolía bastante aún, pero no se preocupó de ella.

Buscó un fósforo en uno de sus bolsillos y lo encendió, acercándose a la pared. Estaba fría y húmeda y siguiéndola se encaminó hacia la escalera a tientas, al apagarse la cerilla. Sus pasos no producían el menor ruido al deslizarse sobre el piso de tierra del sótano. Cuando le pareció que estaba cerca de la escalera extremó sus precauciones, hasta que sintió chocar su pie contra el primer escalón y comenzó a subir en silencio.

Llevaba la mano izquierda apoyada en la pared para no perder la línea recta, y la derecha extendida hacia adelante. Contó diez escalones antes de sentir en ésta el contacto de la puerta, y entonces buscó a tientas la cerradura para mirar por ella, pero debían haber dejado la llave puesta por fuera, porque no vio nada al pegar el ojo a la madera.

Del vestíbulo llegaba hasta él el rumor de una conversación, y no dudó de que aquellos hombres estaban tramando su muerte. Aguzó el oído, intentando captar algunas palabras, pero no lo consiguió y se sentó en el primer escalón.

No había duda de que había encontrado a aquellos audaces contrabandistas. Poncho debía de estar también en la casa, herido. ¿Quién sería el médico que había ido a visitarle?

«Probablemente uno de los muchos que viven en Nueva York al servicio exclusivo de los “gangsters”», se dijo.

Luego pensó que de poco le iba a servir su descubrimiento, porque a menos que la Divina Providencia pusiese su mano en el asunto el fin de su vida no tardaría en llegar.

Por asociación de ideas su pensamiento voló hacia Ruth Somerset. ¿Cuál era la relación de aquella muchacha con la cuadrilla? Evidentemente el autor del anónimo no les había engañado al denunciar sus relaciones con Poncho, pero, por lo poco que había oído y lo mucho que se figuraba, todos, incluso ella, pensaban dar esquinazo al malherido Poncho. Y a ella, al parecer, no le importaba esto lo más mínimo.

¿Quién sería aquella mujer? No era de la clase que suele uno encontrarse envuelta en estos líos. No fumaba, ni su rostro estaba ajado por la falta de sueño y el abuso del alcohol y de las drogas. Además, había observado el respeto con que la trataba Geo y, sobre todo, Patt recordaba también su exclamación de horror al verle caer al suelo golpeado por la pistola de Geo.

Aquella mujer era un enigma.

De pronto lanzó una exclamación ahogada al recordar a la misteriosa mujer que aparecía en las investigaciones realizadas. Primero había estado en la habitación de Leiser, poco después de ser muerto éste por Poncho Scully y había depositado un beso sobre su frente yerta. Luego volvía a hacer acto de presencia en el piso de Leiser, destruyendo cuanta documentación hubiera podido encontrarse sobre la vida y antecedentes de éste y, por fin, había enviado el anónimo a la Policía, descubriendo las relaciones entre Ruth y Poncho, sin contar con que había sido también una voz de mujer la que había dado la voz de alarma cuando el gigantesco asesino se encaminaba al Hotel Saratoga con ánimo de matar a Odner.

Pero ¿sería la misma mujer? El creía que sí y además estaba naciendo en su cerebro la sospecha de que se trataba de Ruth Somerset.

«El golpe te ha vuelto loco —pensó—. ¿Cómo iba ella a revolverse contra sus compañeros, estando como estaba tan comprometida como ellos en el asunto?».

El silencio rompió el curso de sus meditaciones. Era un silencio tenso, opresivo, que ya no estaba interrumpido por el rumor de conversación alguna. Escuchó con atención. No se oía el menor ruido. La casa parecía estar vacía. ¿Cuándo le llegaría la hora?

Los minutos pasaron lentamente hasta formar horas. Calculó que llevaba dos encerrado en aquel sótano, cuando un ligero ruido le hizo volver la cabeza hacia la puerta.

Alguien hurgaba en la cerradura. Estaba seguro de ello. Bajó las escaleras, agachándose junto a ellas. Quizá fueran a por él. Si era así, en cuanto bajasen al sótano se lanzaría sobre ellos como una furia, para intentar huir, aprovechando la sorpresa que su inesperado ataque produciría.

La puerta comenzó a abrirse lentamente. Una difusa claridad

penetró por la rendija que se agrandaba pausadamente. Los músculos y nervios de Lex se tensaron, dispuesto a saltar.

La puerta se abrió un poco más, sin ruido, pero no pudo percibir la silueta de la persona que la empujaba. ¿Por qué ésta obraba así? Lo que él habría hecho en su lugar era entrar abiertamente en el sótano, con buena luz y pistola en mano; en el supuesto, claro está, de que se tratase de los hombres que iban a por él, pero... Quizá quisieran convencerse de si estaba atado aún o no.

Ponía el pie en el primer escalón, cuando entrevió una mano, casi a ras del piso, que se deslizaba fuera de la estrecha abertura, después de depositar algo en el suelo. Luego la puerta se cerró de nuevo y la más absoluta oscuridad le rodeó otra vez.

Intrigado, Lex subió el resto de la escalera, palpando el primer escalón hasta que sus dedos chocaron con el objeto dejado allí. Era un revólver. Comprobó con alegría que el tambor estaba repleto de municiones y entonces se arriesgó a quemar el único fósforo que le quedaba. El arma que tenía en la mano era su propio revólver, que Geo le había quitado en el camerino. ¿Quién se habría arriesgado a acudir en su auxilio en aquel nido de víboras?

Tenía una vaga sospecha de quién pudiera ser, y el pensamiento de que aquella posibilidad fuese cierta le acariciaba el corazón.

Aprovechó el último resplandor de la cerilla para examinar la cerradura. La llave no estaba puesta, sino que aquélla estaba cegada por un taco de madera incrustado en ella. Seguramente la puerta se cerraba por fuera con un pasador.

Tal vez su anónimo favorecedor no lo hubiera corrido.

Tiró de la puerta hacia él y ésta se abrió sin ruido. Lex empuñó el revólver con redoblado ánimo, examinando el vestíbulo. No había en él ninguna luz, pero por la abierta puerta de enfrente del sótano salía un resplandor suficiente para demostrarle que no había nadie en él.

Entonces salió del sótano y, evitando el cuadro de luz de la puerta iluminada, se deslizó hacia la de la calle.

Su intención era salir cuanto antes de la casa y dirigirse al primer lugar habitado para comunicarse con el inspector Bradberry.

Estaba tocando ya la puerta, cuando el ruido de un disparo rompió el silencio que envolvía la casa. Procedía del piso de arriba y resonó como un cañonazo en el estrecho ámbito del edificio. Lex

se detuvo. De la habitación iluminada llegó a sus oídos el ruido de sillas al ser arrastradas y se agachó en el suelo, pegándose a un armario que había cerca de la puerta.

Desde su precario escondite vió a Geo y a Patt salir de la habitación. Iban en mangas de camisa y el primero llevaba en la mano el farol de gasolina. Ambos miraban hacia la escalera.

—Ha sonado arriba —dijo Patt, y los dos se lanzaron hacia la escalera.

—Ese imbécil —masculló Geo—. Le dije que utilizase él cuchillo...

La luz del farol alargaba sus sombras de forma desmesurada, dándoles la apariencia de siniestros fantasmones. Lex estuvo tentado de disparar contra ellos, pero se lo impidió el pensamiento de que era preciso cogerlos vivos.

Geo iba delante y había subido ya tres escalones, cuando Patt le llamó, excitado.

—Geo... mira... La puerta del sótano... ¡Está abierta!

Aquél lanzó una breve ojeada.

—Entonces ha sido él quien ha disparado... ¡Vamos, aprisa!

Se lanzó escalera arriba seguido del resollante Patt, pero al llegar al primer rellano, comenzaron a obrar con más precaución, ante la posibilidad de que Lex se encontrase arriba, esperándoles.

Geo dejó la lámpara en el suelo, y a su resplandor siguieron ascendiendo lentamente. Apenas se perdieron en la revuelta de la escalera, cuando Lex atravesó el vestíbulo.

El pensamiento de abandonar la casa había sido desechado ante la curiosidad de saber lo que iba a ocurrir arriba. ¿Quién había disparado? Presentía que había sido la misma persona que le había ayudado, y que aquélla se iba a ver en dificultades y no podía, en conciencia, dejarla correr todos los riesgos sola.

Lentamente comenzó a subir. Delante de él percibía el resollar de Patt. Al fin llegó al recodo de la escalera y se asomó a él con precaución.

Los otros dos debían de haber llegado ya arriba, porque no los vió. Esperó un poco antes de seguir subiendo, porque en cuánto pusiera el pie en el otro tramo, el farol quedaría detrás de él, proyectando su sombra contra el techo del segundo piso, lo cual podía anunciar su presencia a los hombres que acababan de subir.

De pronto llegó a sus oídos el ruido de voces airadas, alternando con otra, entrecortada, vacilante, como si al hombre le costase trabajo hablar.

El primer escalón rechinó bajo su peso, pero siguió subiendo. Algo en aquella violenta pugna de palabras le decía que su presencia iba a ser necesaria arriba.

La escalera desembocaba en un pasillo al cual se abrían varias puertas. El final de él estaba envuelto en sombras, pero la parte cercana a la escalera está sumida en una semipenumbra provocada por el reflejo del farol de abajo y la luz que salía a través de la entreabierta puerta de la segunda habitación de la derecha, de la cual provenía también el rumor de la conversación.

Lex se acercó a ella cautelosamente, con todo su cuerpo en tensión y el revólver en la mano derecha, Las voces llegaban ahora nítidamente a sus oídos. Quien hablaba era el hombre de la voz entrecortada:

—... pero Ruth... me avisó... Eres un traidor, Geo... Querías... quitármela.

—Conque fue ella quien te lo dijo, ¿eh? —le interrumpió la voz furiosa de Geo—. Bueno. Ahora veo la cosa clara. Ella te odia, Poncho, no puede verte. Ignoro por qué fingía contigo, pero se me vino a la mano en cuanto la ofrecí abandonarte, sin saber que lo hacía para probarla.

Siguió un corto silencio, tenso, ominoso. ¿Conque era Poncho Scully el que estaba allí? Se lo había figurado al oírle hablar con aquella voz tan débil que replicaba a Geo:

—Eso... es lo que tú dices... pero...

Lex podía adivinar en las palabras de Poncho el estado de agotamiento y gravedad en que se encontraba. Su voz era poco más que un susurro y hubo de aguzar el oído para poder distinguir lo que decía. La revelación de Geo había sido un golpe terrible para su amor propio, que se resistía a creer que Ruth le hubiera querido hacer objeto de aquella sucia jugada.

—Te aseguro que es cierto —decía Geo—. Pregúntaselo a ella... pregúntale también por qué ha puesto en libertad al agente del F. B. I.

que teníamos metido en el sótano. Anda, pregúntaselo, Poncho.

—¿Es... cierto... eso, Ruth? —preguntó el herido con ansiedad.

Luego ¿había sido ella quien le había libertado? El corazón de Lex se ensanchó de gozo al tener la certeza de que Ruth Somerset no tenía nada de común con aquellos asesinos; pero ¿por qué, Santo Dios, por qué jugaba así con todos?

La muchacha permaneció callada y Geo intervino de nuevo.

—Te diré que no sabe nada, claro está, ¿qué otra cosa va a decirte? ¡Maldita sea...! Ha estado a punto de conseguir que nos enzarcemos a tiros unos con otros, y Hutch ha pagado el pato... ¿Qué pretendías, di, gata?... Te voy a matar.

Su voz era ronca, homicida. Lex percibió el ruido de sus pasos al acercarse a Ruth.

—Déjame a mí... —murmuró Poncho, salvajemente—. Tengo que matarla... yo. Ha sido a mí a quien... más ha engañado... Déjame...

Lex oyó el rechinar de los muelles de la cama al incorporarse Poncho en ella y el grifo de terror y dolor de Ruth, y se imaginó las torturas del infierno que estaría pasando aquella valiente muchacha, sola en aquella habitación con tres hombres dispuestos a arrancarle la vida.

Ahora estaba bien claro que Ruth se había infiltrado en la cuadrilla, fascinando a Poncho con su belleza, con el objeto de destruirla. De ella provenía toda la ayuda que habían recibido. Seguramente fue ella también quien envió el anónimo, señalándose a sí misma, y ya esperaba su visita cuando fue a verla a su camerino; pero ¿por qué hacía aquello? ¿Por qué corría aquel mortal peligro que hasta un hombre hubiera vacilado en desafiar?

Mirando a través de la puerta entreabierta, vió a Poncho, sentado en la cama, sosteniendo con las dos temblorosas manos una pistola, con la cual intentaba fijar la puntería sobre Ruth. Ésta se encontraba en un rincón de la estancia, acorralada allí por Geo, que la sujetaba fuertemente por una de sus muñecas. Patt, de espaldas a la puerta, contemplaba la escena, al parecer, con indiferencia.

La faz de Poncho atrajo la atención de Lex. Tenía un tinte cadavérico, y sus ojos brillaban siniestros en las profundas órbitas circundadas por anchas ojeras. Luego su mirada se posó en el rostro de Ruth. Ésta miraba a Geo con ojos desorbitados. Seguramente la causaba más terror la expresión de éste, que el negro cañón de la pistola que empuñaba Poncho. Lex pudo leer en su cara la

desesperanza. Sabía que no podía esperar auxilio de nadie, en aquella casa abandonada cerca de los acantilados, porque ya era demasiado tarde para que el hombre a quien había ayudado a escapar acudiese en su auxilio.

El deseo de terminar de una vez con aquella situación anegó el corazón y el cerebro de Lex de una furia irreprimible.

—¡Perra! —rugió Geo—. Has jugado con nosotros, con Poncho, conmigo... pero eso ya se ha terminado...

Lex, no lo pensó más. Abrió la puerta de una patada, y penetró en la habitación.

X



OS tres hombres volvieron rápidamente sus ojos hacia él. En los de Ruth Somerset, acorralada y a una pulgada de la muerte, brilló la esperanza. Geo lanzó una maldición.

Lex se percató de todos los detalles del cuadro de una rápida ojeada. Tendido en el suelo, a la cabecera de la cama, se encontraba el cuerpo de un hombre. Era Hutch, y descansaba sobre un charco de sangre que llegaba casi a los pies de Poncho.

Como un relámpago, cruzó por su cerebro el pensamiento de que Hutch había sido muerto por Poncho, probablemente cuando éste se disponía a asesinarle a puñaladas por orden de Geo. Evidentemente había sido Ruth quién había avisado a Poncho y el porqué de aquella actitud de la muchacha se apareció claro para él. Poncho mataría a Hutch y luego se enzarzaría a tiros con Geo y

Patt, de cuya lucha resultaba claro que la única beneficiada sería ella.

Al mismo tiempo que esto pensaba, se dio cuenta también de que Patt se llevaba la mano al sobaco izquierdo en un movimiento levemente más rápido que el de Geo. Su alertado cerebro le dijo que el gordo rufián era el más peligroso de los tres por el momento, porque Poncho no era enemigo en el estado de debilidad en que se encontraba.

Patt no llegó a tocar el arma. Se llevó las manos al vientre apenas resonaron los disparos del revólver que empuñaba Lex y retrocedió dos pasos, hasta que tropezó con el cadáver de Hutch y cayó de espaldas, cruzado sobre él, mezclándose la sangre de ambos forajidos.

Poncho desvió la dirección de su arma, apretando el gatillo. Los disparos resonaron al mismo tiempo que los siguientes de Lex. Éste sintió dos quemaduras en su cuerpo, sin apenas poder precisar los sitios. Sólo se dio cuenta de que Poncho se vencía hacia atrás en la cama, tiñendo las ropas con la sangre que salía a borbotones de su cuello. Tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo y Geo aprovechó el momento para pasar ante él en dirección a la puerta, como una exhalación, buscando la salvación en la huida.

Al llegar a ella debió pensarlo mejor y se volvió hacia Lex, levantando, ligeramente, la pistola que empuñaba. Ruth se apercibió de aquel movimiento y con felina agilidad se abalanzó contra él, golpeándole el rostro con las manos, pero la rechazó de un violento empujón que la hizo caer al suelo y apuntó de nuevo a Lex, que ya se había dado cuenta en aquel corto espacio de tiempo del peligro que corría y encañonó al rufián, disparando sobre él.

Geo dio un salto hacia atrás y desapareció por el pasillo en dirección a la escalera. Lex sentía que la cabeza le daba vueltas. Ruth se acercó a él con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Pronto! ¡Ayúdeme! —exclamó él—. Se va a escapar...

Ella dudó en hacer lo que Lex le ordenaba. Le parecía mentira que un hombre herido tuviera aún arrestos para salir en persecución de otro, completamente sano y que no tendría ningún miramiento en matar con tal de conseguir salvarse.

—Vamos. No se quede ahí mirando —apremió Lex.

Comenzó a andar hacia la puerta, tambaleándose. Ruth se puso a

su lado, echándose el brazo de Lex por encima del hombro y de esta forma ganaron el pasillo, dirigiéndose hacia la escalera, que comenzaron a descender con la mayor velocidad posible.

—Estaban en el primer rellano, cuando Geo llegaba a la puerta. El disparo que le largó Lex le obligó a transponerla velozmente, y el agente se lanzó escaleras abajo, desprendiéndose del hombro de Ruth.

El relente del mar azotó su rostro al salir al aire libre. Una débil claridad se insinuaba por el Este, pero Lex sólo tuvo ojos para fijarse en el coche, que se ponía en marcha en aquel momento, llevándose la última esperanza de poder detener a Geo.

Lanzando una maldición, miró a su alrededor. Ruth se puso a su lado, estremeciéndose por la fría humedad procedente del mar y comprendió el motivo de su desesperación. Había estado a punto de conseguir detener a la cuadrilla en pleno, y el principal responsable de tanto asesinato se le escapaba de entre las manos por una diferencia de segundos. Entonces recordó algo que había oído... sí. Eso era. El coche de Poncho...

—Hay un automóvil detrás de la casa —dijo a Lex—. Es el coche en que Poncho llegó aquí después de lo del hotel...

El ya no la oía. Corrió como un desesperado a lo largo de la pared de la casa, hasta llegar a la parte posterior. Ruth le siguió. Lex estuvo a punto de lanzar una exclamación de alegría al ver el «Pontiac» de Poncho Scully estacionado entre dos gruesos árboles, detrás de la casa.

Un minuto después el coche salía al camino, con Lex al volante y Ruth sentada a su lado, mirándole con admiración. El piloto rojo del coche de Geo se perdía en aquel momento en la carretera, a media milla de distancia, volando hacia Unionport.

Apenas estuvo sobre la carretera, Lex pisó el acelerador, arrancando del «Pontiac» la mayor velocidad que pudo. Los faros del coche iluminaban fugazmente el camino. Lex, inclinado sobre el volante, se esforzaba por mantenerse bien alerta, luchando, contra el sopor que gradualmente iba invadiendo su cerebro.

Ruth Somerset, a su lado, adivinaba sus esfuerzos. La carretera volaba hacia atrás y el faro piloto del coche de Geo Threadgill parecía estar cada vez más cerca.

Lex tomó una curva sobre dos ruedas, de manera suicida. Luego

enderezó la dirección y el coche saltó hacia adelante como un potro encabritado.

Las calles de Unionport estaban desiertas cuando los dos automóviles, con tan sólo un minuto de intervalo ya, cruzaron por ellas como dos exhalaciones, haciendo soltar una exclamación de asombro a las contadas personas que contemplaron la persecución.

—¡Así se estrellen esos borrachos del demonio! —masculló un hombre que tuvo que saltar a la acera para librarse de ser atropellado, tomándolos, sin duda, por algunos juerguistas rezagados.

Geo no disminuyó la velocidad al cruzar el trozo comprendido entre Unionport y Bronx.

Lex rechinó los dientes. Si Geo conseguía entrar en Bronx, estaría a salvo en el dedalo de calles del suburbio neoyorquino. Este pensamiento le hizo apretar iracundo el acelerador, pero el coche estaba dando de sí cuánto podía. Realmente se encontraba tan sólo a unas cien yardas del de Geo.

La claridad difusa del amanecer se había convertido en clara luz, aunque el sol no había ascendido aún en el horizonte.

La carretera formaba una curva hacia la derecha, para cruzar el río Bronx sobre un puente, que había a media milla de allí. Lex vio la oportunidad de alcanzar a Geo. En el arranque de la curva partía un camino que cruzaba el río por un vado, para seguir después a encontrarse nuevamente con la carretera al otro extremo del arco formado por la curva.

Conocía muy bien aquellos parajes y sabía que si conseguía atravesar el río por el vado ganaría cerca de media milla de ventaja a Geo y decididamente se metió por el camino.

—Si conseguimos pasar el río, le tendremos en nuestras manos —dijo, con voz débil, sin volverse a mirar a Ruth.

Ésta asintió con la cabeza. No podía comprender la férrea resistencia de aquel hombre. Que ella supiera, Lex estaba herido, al menos en un hombro, como lo demostraba la sangre que había calado la camisa y se extendía sobre la chaqueta formando una mancha cada vez mayor. Sólo un hombre con voluntad de acero y un enorme sentimiento de su responsabilidad sería capaz de resistir el suplicio que Lex Milney iba soportando.

El río se presentó ante ellos nada más pasar un grupo de árboles,

a través de los cuales cruzaba el polvoriento camino. Lex se metió en él con decisión. A pesar de que no había quitado el pie del acelerador, el vehículo perdió velocidad. El río no era muy ancho y Lex sólo tenía sus dudas respecto a la profundidad, aunque confiaba en que no sería muy grande en aquella época del año.

En efecto, el agua apenas llegó a los cubos de las ruedas en la parte más profunda del río y tardaron escasamente un par de minutos en cruzarlo. Luego se encontraron de nuevo en la carretera.

Lex tenía la esperanza de que los árboles hubieran ocultado a Geo su maniobra, pues de otra forma éste tendría tiempo a dar media vuelta y emprender la fuga por otro camino. Afortunadamente, no parecía haber sido así y Lex se lanzó hacia Bronx a regular velocidad.

Estaba a la altura de las primeras casas, allí donde la carretera se convertía ya en calle, cuando, por el espejo retrovisor, vió el coche de Geo que avanzaba hacia ellos a enorme velocidad, pero no por ello aumentó la del «Pontiac».

Geo le alcanzó cuando el coche de Lex se había metido ya en la calle unas trescientas yardas. Evidentemente, el rufián no se había dado cuenta de que el coche que tenía delante era el que le perseguía. Probablemente, ni se había apercebido tampoco de la persecución de que había sido objeto.

Lex sentía que la vista se le nublaba por momentos. Oyó detrás de él el «claxon» del automóvil de Geo pidiéndole paso, y entonces, bruscamente, giró el volante hacia la derecha, obligando al coche a cruzarse en la calle.

Se oyó el rechinar de los frenos del coche de Geo, una imprecación de éste y el grito de alarma de algunos transeúntes.

Lex se tiró del coche y se dirigió, tambaleándose, hacia el de su enemigo. Éste palideció al verle y, abriendo la portezuela, saltó a tierra, dispuesto a perderse entre el grupo de gente que había acudido al lugar del accidente.

Otra vez fue Ruth quien salvó la situación. La muchacha se dio cuenta de que Lex se tambaleaba, y, aunque no cayó al suelo, en un supremo esfuerzo por terminar su tarea; pero era evidente que no conseguiría atrapar a Geo.

El pensamiento de que era una lástima que el agente del
F. B. I.

no pudiera rematar dignamente su brillante actuación, pasó veloz como un rayo por su pensamiento y, además, ella tenía una pequeña cuenta que saldar con aquel hombre. Sin pensarlo siquiera, se tiró del coche y, dando la vuelta por detrás del mismo, se enfrentó con Geo en el mismo momento en que éste se escabullía de entre el grupo de mirones, que comentaban el suceso.

Geo la vio ante él y se llevó rápidamente la mano al bolsillo, pero Ruth se abalanzó hacia adelante como una fiera, golpeándole en el rostro con ambas manos, mientras llamaba a gritos la atención de los presentes.

Éstos se hablan dado cuenta ya de que algo anormal ocurría allí. Que aquello era algo más que una frustrada colisión entre dos coches, lo demostraba la visión de aquel hombre pálido, que se apoyaba en uno de los automóviles para no caer al suelo y sus ropas llenas de sangre.

Y por si era poco, la mujer que le acompañaba luchaba ahora con el ocupante del otro coche...

—¡Cójale! —exclamaba Ruth, jadeante—. Es... es... un bandido... un asesino...

Dos hombres se echaron encima de Geo, sujetándole por los brazos.

Éste forcejeó inútilmente para desasirse de ellos. Estaba, lívido de ira y formulaba contra la triunfante muchacha los más terribles insultos, que no hacían sino empeorar su situación.

Un agente patrullero se acercó, atraído por las voces y la aglomeración de personas.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

Ruth fue a hablar, pero Lex lo hizo por ella. Un Lex demacrado, exangüe, que se abrió paso a codazos a través de los curiosos, empleando para ello las últimas energías que le quedaban...

—Agente —dijo, con entrecortada voz—: detenga... a ese hombre... Soy del

F. B. I.

Deténgale... y avise al inspector Bradb...

No pudo seguir. Sus fuerzas estaban agotadas después de la ruda lucha que había tenido que sostener consigo mismo. Ruth lanzó un grito y llegó a tiempo de sostenerle entre sus brazos, ayudada por el agente patrullero.

Lex había perdido una considerable cantidad de sangre por sus heridas. En realidad, éste era su mal, porque aquéllas, en sí, carecían de importancia. Hubo que hacerle varias transfusiones, y al fin, diez días más tarde, el doctor anunció que estaba fuera de peligro, aunque tendría que estar en reposo durante algún tiempo.

Mientras él permanecía en el hospital, por cierto en una habitación muy cercana a la ocupada por *Baby*, Bradberry terminó de poner en claro aquel endiablado asunto de los brillantes.

Según dijo a Lex después, no fue tarea fácil hacer hablar a Geo; pero, al fin, lo había conseguido, aunque no indicó de qué medios se había valido para hacerlo. Como consecuencia de sus declaraciones y de las de Patt, que había muerto al día siguiente de ser herido, se consiguió detener a más de veinte miembros de la cuadrilla, diseminados por los Estados Unidos y las más importantes capitales de Europa y América del Sur, en los centros diamantíferos del mundo, como Ámsterdam, Brasil, la India, África del Sur, etc.

Con ello aquel caso, que había amenazado con quedar sin resolver, estaba al fin completamente aclarado.

Sin embargo, había algo que quemaba el corazón de Lex, y era la situación de Ruth respecto a aquellos desalmados.

—Eso te lo va a decir ella misma —repuso Bradberry a su pregunta—. No tardará en venir a verte. Por cierto, ¿sabes que ha sido ella la que nos ha dicho que Patt y Geo eran hermanos gemelos?

—¡Caramba! —exclamó Lex—. Parece como si Patt le hubiera quitado al otro todo el alimento desde que nacieron. Ya me extrañaba a mí la semejanza que había entre ellos, a pesar de su diferencia de peso.

Ruth Somerset llegó diez minutos más tarde. Estaba encantadora, con aquel sencillo traje de calle, y no parecía ni sombra de la seductora artista a quien Lex había visitado en su camerino.

Esbozó una tímida sonrisa al encontrarse junto a la cama del herido, antes de estrechar la mano que éste le tendía.

—Señorita —dijo Lex—: tengo que pedirle perdón. En algunos momentos la creí aliada con aquellos bandidos y eso me hizo tratarla con dureza...

—Era muy natural que sospechase de mí —repuso Ruth,

tomando asiento en la silla que Bradberry le ofrecía—. En realidad, casi, casi, llegué a pertenecer a la cuadrilla...

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Lex, con curiosidad—. No sería sólo para ayudarnos.

—Mi verdadero nombre es Mema Hancock —repuso ella.

—¿Hancock? ¿Tenía algo que ver con el hombre asesinado en el Hotel Maujer?

—Leiser era mi hermano —replicó Mema—. Éramos muy pequeños, cuando nuestros padres nos trasladaron a Nueva York. Yo nací aquí. Leiser era seis años mayor que yo, y al morir mis padres, se hizo cargo de mí. Fueron unos años muy duros. Luego, Leiser comenzó a prosperar, pero yo no estaba conforme con su forma de vivir.

—La historia de siempre —murmuró Bradberry.

—Frecuentaba malas compañías —prosiguió la muchacha—. Y al fin, hace de esto unos tres años, rompí mis relaciones con él. Quiero decir que no vivíamos bajo el mismo techo, aunque, come es natural, nos veíamos con cierta frecuencia. Varias veces intenté arrancarle de aquella vida, pero no lo conseguí.

»Hace un par de meses, Leiser me telefoneó desde el Hotel Maujer, diciéndome que fuera a verle, porque necesitaba mi ayuda. Me dijo que había hecho un buen negocio y que se había decidido a seguir mis consejos».

Hizo una pausa y prosiguió:

—Fui allí. Leiser estaba muerto en su habitación. Sin saber por qué pensé que quizá hubieran sido sus compañeros de lecherías los que le habían dado muerte. Le quité la documentación, para que la Policía no pudiera identificarle, porque no quería ver nuestro apellido arrastrado por el fango. Desgraciadamente, no pude evitarlo, porque Leiser se había inscrito con su verdadero nombre en el hotel.

—Era usted la que estaba en su piso cuando llegó la Policía, ¿no es así? —preguntó Lex.

—Sí. Fui allí para destruir cuántos papeles pudiera encontrar, pero al rebuscar entre ellos, encontré algunas direcciones, entre ellas la de Poncho Scully, de quien había oído hablar a mi hermano. Entonces pensé en enterarme por éste de quién había sido el que le había matado. Me puse en su camino, ganándome su confianza, y

poco después, me enteraba de que había sido el propio Poncho quien lo hizo. Cuando me lo dijo, me percaté de que estaba enamorado de mí, sin saber que yo era la hermana del hombre que había asesinado, y un loco deseo de vengar a Leiser se apoderó de mí.

»Más tarde fui conociendo detalles de la organización y pensé que mi mejor venganza sería ayudar a la Policía a descubrirlos a todos, pues si bien Poncho había sido el ejecutor material del crimen, Geo Threadgill y su hermano Patt eran tan culpables como él».

—¿Quién nos envió el anónimo para que fuésemos a verla a usted?

—Yo misma. Geo proyectaba liquidar el negocio aquella misma noche y me dije que había llegado la ocasión. Si hubiera llegado usted estando sola, le hubiese puesto al corriente de todo; pero tuve que fingir, porque Geo y Patt estaban en mi camerino.

—Ya lo sé —dijo Lex, acariciándose la cabeza—. Estoy seguro de que estaban allí.

Ella sonrió.

—Estaba dudando de si aceptar la propuesta de Geo, cuando entró usted. Cuando cayó herido y me dijeron que lo iban a arrojar al East River, me di cuenta de que mi sitio estaba junto a ellos, para intentar salvarle a usted. Bueno; creo que llegué a tiempo.

—¿Quién avisó al Hotel Saratoga cuando Poncho iba a matar a Odner?

—Yo. Luego fui a ver qué ocurría. Vi pasar a Poncho, y a usted detrás de él.

—¿Por qué no me dijo entonces...?

—Aún no sabía que pensaban liquidar el negocio. Me enteré a la noche siguiente.

—¿Cómo se las arregló para ponerme en libertad? —preguntó Lex, intrigado.

—Fue de lo más sencillo. Geo convenció a los otros de que Poncho, herido, era un estorbo para llevárselo y un peligro para todos si caía en poder de la Policía, y persuadió a Hutch para que le diese una puñalada. Aquello me hizo comprender que podía jugar con buenos triunfos. Si conseguía avisar a Poncho, era posible que los miembros de la cuadrilla se matasen entre ellos, pero antes tenía

que hacer algo por usted.

»Me fue fácil apoderarme de su revólver, que yo había observado que Patt guardó en su americana en mi camerino. Más fácil aún me fue abrir la puerta del sótano y dejarlo junto a ella, esperando que usted hubiese conseguido desatarse. Me hubiera gustado hacerlo yo, pero no podía esperar más.

»Luego subí a la habitación de Poncho y le advertí lo que se proponían hacer con él, de forma que cuando Hutch se acercó a él, con sonrientes palabras en la boca y un puñal en la mano, escondido Poncho, sin mediar palabra, le disparó un tiro, matándole.

»Lo demás, ya lo sabe usted. Si Geo no hubiera visto abierta la puerta del sótano, Poncho se habría cargado igualmente a los dos hermanos... si es que éstos no terminaban antes con él».

Sucedió un largo silencio, que rompió Bradberry para decir:

—Señorita: se ha portado usted de una manera admirable y la felicito cordialmente por su valor y su inteligencia. Ahora les dejo, porque tengo otras cosas que hacer.

Salió de la estancia. Mema lo hizo dos horas después que él, y durante aquel largo espacio de tiempo, los dos jóvenes charlaron sin cesar. Ruth salió radiante de la entrevista y Lex no quedó menos satisfecho que ella, y preguntó a la enfermera, con gran asombro por parte de ésta, si creía en el amor a primera vista. Luego tuvo que desengañarla, porque no era ella quien había inspirado esta pregunta.

El resultado fue que Ruth acompañó a Lex durante todas las tardes que duró la convalecencia de éste, unas veces en su habitación y otras en el jardín del hospital.

Y el resultado fue también el que tenía que ser. Una tarde, *Baby* fue a la habitación de Lex, ya completamente restablecido de su herida. Abrió la puerta sin llamar, y el cuadro que presencié le hizo lanzar un leve silbido y volver a cerrar la puerta.

Estaba perplejo ante ella, cuando apareció en el pasillo el inspector Bradberry, dirigiéndose resueltamente hacia el cuarto de Lex.

Baby se hizo a un lado. Bradberry le saludó:

—¡Hola, Jerry! ¿Está Lex ahí?

—Sí... señor —repuso el muchacho—; pero... yo... no... no

entraría...

—¿Por qué no?

—No se pu... puede.

Bradberry le miró sin comprender. Luego lanzó un bufido y empujó la puerta, columbrando la esbelta figura de Ruth inclinada sobre Lex.

Sonriendo ladinamente, volvió a cerrar la puerta otra vez y miró a Jerry sin dejar de sonreír.

—Tenías razón, hijo. No se debe entrar ahí... ahora. Vamos a pasear por el jardín.

FIN

EDDIE THORNY

el magnífico escritor por todos admirado, nos envía para su publicación una gran novela, de calidades humanas, de intriga desconcertante y de dinamismo que escalofría. Se titula:

CARNE DE HORCA

Un hombre y una mujer, «carne de horca», cometen el fatal error de matar al padre de un agente especial del F. B. I. Ella era una mujer de seducción venenosa; él, un boxeador retirado de los «rings», un bruto sin más ley que su propia fuerza. El agente especial emprende una persecución desesperada, dispuesto a vengar a su padre...

CARNE DE HORCA

se publicará en el próximo número de la
Colección F. B. I.

ATENCION, JOVENES:

JEQUE BLANCO

un agente del Servicio de Espionaje norteamericano, ayudado por un chico negro, realiza las más trepidantes aventuras por tierras arábicas, marroquíes y sudafricanas.

LAFFOND

el gran artista del pincel, de fama mundial, es el dibujante de tan magníficos cuadernos.

JEQUE BLANCO

Aventuras del F. B. I.

¡LAS DOS MEJORES SERIES DE CUADERNOS!

NOTAS

[1] Lo mataba. < <